

roy rowan

AMISTAD MALDITA

ROY ROWAN

Amistad maldita

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Dr, Julián Álvarez 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 34.146 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Zano-4 pulsó el botón automático y se llevó las manos a la cabeza en un gesto de duda.

Se preguntó si hacía bien al pensar tantas cosas. Desde luego, lo que pasaba por su mente no era normal, ni muchísimo menos. Es más, si sus compañeros o responsables llegaban a sospecharlo, él tendría que reposar durante una buena temporada.

Y era precisamente lo que él quería evitar.

Pero ¿en realidad estaba cansado?

No, no era esto lo que le ocurría, sino algo muy distinto que pocas personas podían imaginar.

No estaba de acuerdo con su forma de vida, ni con lo que hacía. Cierto que así había de ser, que así era y que así sería, pero él pensaba más allá de todo lo conocido y este era su error.

Los demás no lo hacían, se limitaban a seguir el camino marcado por sus antecesores.

Y no negaba que éstos hubieran vivido en un error.

No, todo lo contrario. Preconocía lo valientes que habían sido y los esfuerzos que habían realizado durante años. Pero él era distinto.

La culpa la tuvieron ellos, al enviarle a aquella sección.

Él hubiera preferido otro planeta. Toll, por ejemplo, que estaba mucho más distante y en donde el estudio biológico era pura rutina. Tal vez si lo hubieran hecho ahora no tendría este problema.

Se preguntó el por qué ellos habrían de ser los dueños de la galaxia, de cientos de miles de planetas que vagaban por el espacio como bólidos perdidos.

Ellos eran los dueños, los organizadores.

Tenían todo su derecho, e incluso la obligación, de cumplir con aquel cometido.

Pero ahora empezaba a dudar de esta explicación que oyó desde que abrió los ojos a la vida.

¿Por qué ellos?

¿Por qué habían de regular una vida cósmica, llevar la responsabilidad de una cantidad ingente de seres vivos cuando los demás también podían pensar libremente si lo deseaban?

¿Sería egoísmo?

La idea le horrorizó.

Si alguno de sus colegas se diera cuenta de lo que había pensado, la alarma cundiría en todo el departamento. Tendrían que nombrar a un suplente para el planeta Kiros y él haría una cura de reposo en un asteroide-hotel, donde olvidaría y volvería a ser el mismo de siempre.

Claro que allí todos eran iguales.

Era exactamente lo que le desagradaba. Todos iguales, todos con la misma misión y el mismo pensamiento.

Envidiaba a los seres que estudiaba. El peligro, desconocido para él, le parecía algo subyugante, atrayente hasta el extremo de planear la evasión a otros mundos.

Estaba loco.

Él mismo tuvo que reconocerlo. ¡No sabía lo que decía!

En un instante podía estropear miles y miles de años de estudio, de sacrificios de los que le habían precedido en su misión y los que, anteriores aún, decidieron adoptarla.

Era una carga demasiado pesada.

¿Y la vida?

Egoísmo el suyo por no querer a los demás.

Pero ¿era querer lo que hacía?

Sí, allí al menos sí lo era. Sin embargo, él había estudiado otros seres que pensaban muy distinto.

Por eso Kiros le obsesionaba, le atraía con una fuerza cada vez mayor y soñaba con él.

Kiros, el planeta más extraño del Sistema; un verdadero misterio que ni ellos habían podido desentrañar completamente.

¿Y por qué los animales de Kiros habían de ser tan especiales, tan distintos? Cada vez, cuando ponía los aparatos en marcha y comprobaba la evolución de la vida en aquel planeta, su obsesión aumentaba a pasos agigantados y le embobaba.

Era como si, en aquella bola desmesurada, hubieran reunido lo más dispar, lo más heterogéneo y distinto.

¡Qué maravilla!

De pronto, sonó un ruido acompasado, monótono y pertinaz.

¡Alarma!

Zano-4 dejó de soñar, abrió los ojos y estiró las manos hasta el

tablero de mandos. La alarma se había puesto en marcha automáticamente y avisaba de alguna anormalidad en Kiros.

Los habitantes del planeta controlado se acercaban al límite permitido. Su ciencia avanzaba cada vez más, que por cierto era uno de los detalles que impedían el sueño de Zano-4.

¿Cómo, siendo tan diferentes, podían coincidir en algo tan complicado como la ciencia?

No lo comprendía.

Pulsó varios botones situados en la parte posterior del tablero de mandos.

Dos máquinas runrunearon al instante con ruido sordo.

—Alarma —dijo una de ellas. Y añadió, terca—. Alarma, alarma en zona primera.

Zona primera.

Siempre estaba inquieta. Era quien más preocupaba a Zano-4.

—Zona primera, punto tres.

La máquina empezaba a precisar.

Manipuló en los lugares precisos y fuera del departamento se movieron unas antenas. A partir de aquel instante, el punto tres de la zona primera quedó sujeto a la atención de Zano-4.

Una pantalla se encendió frente al observador. Luego, las sombras se hicieron más nítidas y aparecieron unos edificios altos. Había tres grandes bloques pintados de blanco.

Dos eran habitables, pero el otro resultó desconocido para él.

Parecía…

Se alarmó. Había prestado poca atención a sus obligaciones durante un tiempo y ahora temió que los habitantes de Kiros hubieran adelantado mucho más de lo esperado.

Si así era el riesgo sería grave, ya que ni tiempo habrían tenido de prevenirse y preparar la contra-arma que les mantuviera una vez más como dueños absolutos, aunque ignorados, del Sistema.

Zano-4, pálido y preocupado, centró las cámaras visoras aumentando su potencia y nitidez. Al mismo tiempo, entraron en función los receptores de sonido ultraespaciales.

La alarma debía de haberse escuchado en todo el departamento de Kiros.

***

En el planeta Tierra, y más exactamente en las zonas escandinavas, siempre había habido una clase de habitantes llamados hembras de gran hermosura.

Siempre, a través de su Historia, las mujeres habían jugado un

papel muy importante en su ciencia.

La Profesora Olga Nordlander era uno de estos casos, pero seguramente mucho más pronunciado que los anteriores.

Hablar de Olga Nordlander significaba sabiduría, adelanto, inteligencia nata.

Y, además, Olga era una mujer rubia, de una estatura de un metro setenta centímetros. Había algo más que la diferenciaba de las otras mujeres aparte de ser uno de los físicos más renombrados de la época: era extremadamente seria y meticulosa.

Formaba parte del grupo de mujeres-sabio cuya vida consagraban a lo desconocido y a las Matemáticas.

De Olga Nordlander dependían muchas cosas, porque iba a cumplir uno de sus sueños dorados. Le había costado largos años de estudios e, indudablemente, no pensaba abandonar.

Según se cumplieran sus propósitos, su nombre se recordaría como algo majestuoso… o infinitamente trágico.

Olga viajaba mucho, conversaba con los más adelantados hombres de ciencia, pero la mayor parte del tiempo la pasaba en una villa de las afueras de Estocolmo, sola.

Bueno, no estaba sola.

La protegían cien barreras electrónicas de seguridad que su gobierno había instalado para «medidas de seguridad y protección de los intereses estatales».

Ni había pensado en ello.

Según Olga Nordlander, los políticos veían fantasmas por todas partes y no merecían su atención y estudio.

Su cohete y sus teorías sí que eran importantes.

Cuando abandonó el laboratorio de ensayo y se introdujo en la sala de descontaminación estaba cansada. La noche anterior no había dormido en absoluto.

Dos ayudantes se acercaron y le quitaron la gruesa bata protectora silenciosamente.

Veinticuatro horas.

Éste era el tiempo que tenía disponible para repasar los últimos detalles del experimento y esperar a que todo acabara felizmente.

Veinticuatro horas no eran mucho, pero podían significar muchas cosas en su vida.

Libre ya de las ropas protectoras, salió de la sala, se puso unos lentes de fina montura y andó por el largo pasillo de la planta.

Algunos hombres la miraban.

De pronto, alguien que venía en dirección contraria abrió mucho los ojos al verla y exclamó:

—Profesora Nordlander.

Ella se detuvo y lo miró.

Lo conocía, claro que lo conocía.

Jan Ekkor era uno de los encargados de seguridad de la base y, además, un hombre para el que los deseos de Olga eran puras órdenes que había que cumplir a rajatabla.

—Hola, señor Ekkor.

La estaba buscando, profesora. Pensé que estaría descansando, pero en la entrada me advirtieron que no salió anoche.

—No.

—¿No cree que debería descansar?

—Imposible… ¿Acaso tengo la obligación de cerrar los ojos?

—No, verá, yo no puedo, por nada del mundo, impedirle que trabaje. Sólo que debería descansar.

—Lo hago.

—Muy pocas veces.

—Cuando puedo.

Ekkor forzó una sonrisa.

—¿Qué le parece, si cambiamos de conversación?

—Desde luego.

—Es que quisiera saber si todo va bien. Usted ya me conoce y…

—Desde que vino siempre me hace la misma pregunta. Y debo recordarle que cuando el Comité de Investigación aprobó mi proyecto en ellos estaban marcadas todas las medidas de seguridad.

»Ni se ha añadido ni se ha quitado un solo párrafo a lo que allí se acordó.

—Comprendo, comprendo…

—¿De verdad?

Ekkor torció el gesto.

—No es eso…

—¿Qué ocurre, entonces?

—Se presienten problemas.

El hombre soltó la respuesta como un escopetazo. Se le notaba en seguida que con Olga tenía completa confianza y sólo podía decírselo a ella.

—Vamos, hable claro, Ekkor.

—Sí, será mejor. Mire, hay motivos sobradamente fundados para creer que agentes enemigos le están tendiendo una trampa, profesora.

Olga enarcó las cejas, se quitó las gafas y miró al policía como si fuera un animal desconocido.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Quieren que les explique sus teorías; averiguar todo lo que usted sabe para ellos ponerlo en práctica.

—Muy lógico.

—¿Cómo?

—Claro, nuestros agentes, desgraciadamente, hacen lo mismo cuando lo de otros países nos interesa.

—Profesora…

—¿Acaso miento?

Ekkor prefirió no contestar.

—Bueno, ya sabe lo que pienso.

—Pero, cuando salga de aquí, debe tener los ojos abiertos, se lo advierto en serio.

—Descuide, sé cuidarme.

Y Olga dio por terminada la conversación. Con una diplomática sonrisa, echó a andar y se alejó por el pasillo.

Quería preparar un informe completo del proyecto y tenerlo listo antes de que éste llegara a su fase final, por lo que salió de la base inmediatamente.

Fuera del edificio hacía un sol espléndido, hasta casi anormal en aquellas latitudes.

En cuanto los guardias de seguridad la reconocieron, un sargento hizo señas a la patrulla más próxima y un vehículo policial rodó hacia la salida del edificio.

—Buenos días —dijo el agente.

Olga le contestó con idénticas palabras.

Luego, centró su atención en el informe que había de redactar. Todo era muy importante para ella.

Repentinamente, notó el frenazo del vehículo y vio la cabeza del conductor que se giraba hacia ella.

—Hemos llegado, profesora.

Ella estaba sorprendida.

—Si desea algo más…

—No, muchas gracias.

—Buenos días.

Le abrieron la puerta y salió.

Olga caminó por un sendero bien cuidado y se detuvo frente a una verja de hierro. En realidad no sólo había la puerta pues tras ella existía una barrera magnética automática.

Bastaba una presión en cierta piedra del suelo para que Olga pasara tranquilamente.

Lo hizo.

La verja también se abría por sí sola. Después, entró en la bien

cuidada villa y fue hacia el edificio de una sola planta. Instintivamente pasó por los lugares adecuados.

Ella sabía el camino, pero alguien que lo ignorara no pasaría más de donde aquellas barreras sin que la alarma sonara dentro de la casa y en el cuartel policial más próximo.

Ekkor se había cuidado de la protección de Olga y lo había hecho a conciencia.

Se quitó el vestido de una pieza de tejido plastificado y se puso otra prenda más cómoda, tras lo que, sin perder un solo segundo, se dirigió al escritorio de su despacho.

El día anterior había empezado el informe.

Oyó ruidos.

Las palabras de Ekkor volvieron a su mente traídas por la memoria. Si había espías en la casa…

Imposible, no podían entrar.

Se puso en pie y caminó hacia la estancia contigua.

Estaba vacía. Sus ojos resbalaron por los instrumentos particulares con los que había empezado más de un proyecto. Sí, allí tenía el aparato medidor de ondas cósmicas.

Tan pronto como acabara con lo que estaba haciendo empezaría con él, pues tenía grandes esperanzas en las ondas espaciales. Ya había escrito un par de libros sobre el tema.

¿Era posible la comunicación con otras constelaciones?

Ella lo daba por cierto y, a causa de estas aseveraciones, la tildaron de visionaria, cosa que no le había importado demasiado. Estaban en el siglo XXI, no debieran olvidarlo.

El aparato funcionaba.

En realidad siempre estaba en marcha, y Olga pasaba largas horas con él, ya que lo consideraba prácticamente terminado.

Pensó en el informe. Debía regresar a la habitación contigua y acabarlo antes de que el cansancio se hiciera imposible de resistir.

Se encendió una luz azulada.

La sorpresa obligó a Olga a parpadear.

Siempre dejaba abierto lo que ella llamaba su nuevo receptor cósmico, pero jamás la luz se había encendido dando señales de recibir ondas del espacio.

Ahora sí.

Abrió el receptor, le dio más energía y esperó con todos los sentidos alerta.

¿Desde dónde le llamarían?

Silencio, el más absoluto silencio.

—Oiga, ¿me oyen?

Nada. Silencio.

Olga respiró hondo.

—¿Me escuchan?

No tuvo respuesta y la luz seguía iluminada, aunque podía ser el aparato que estaba averiado.

No, ella lo había revisado docenas de veces. Había empleado los mejores materiales y lo había construido con la completa seguridad de que funcionaría si llegaban a llamarla.

¿Marte, Venus, Júpiter?

Ésta era la incógnita.

—Por favor, si alguien me está escuchando conteste…

Esperó ansiosa que llegara la respuesta.

De pronto, con una claridad sorprendente, una voz extraña, seca, dijo:

—Zano-4… Zano-4 habla desde Toll…

Olga Nordlander estuvo a punto de desmayarse, de alegría.

¡La voz venía del cosmos!

—Oiga, le he oído… Me llamo Olga…

—Olga… —repitió la voz.

—Sí, Olga, del planeta Tierra.

— Zano-4…

¿Era una clave? ¿Un mensaje indescifrable?

Nerviosa como nunca lo había estado elevó la potencia del receptor. Al tiempo una grabadora automática iba recogiendo la voz de forma que pudiera oírla tantas veces como quisiera.

—Le escucho, Zano-4.

—Pronto, Olga, debe abandonar proyecto… Oiga, ¿ha entendido?

La mujer estaba perpleja.

¿Qué podían saber en otro planeta de sus ideas?

—¿Qué dice?

—Abandone… Grave peligro… Peligro muy grave para su planeta.

La voz sonaba fuerte, imperiosa.

Olga creyó soñar.

De pronto, notó algo extraño a su espalda y tuvo la certidumbre de no estar sola.

Los párpados le pesaron. Tosió.

Zano-4 estaba allí. Era un habitante de otro mundo y no debía perder la oportunidad de hablar con él, averiguar lo que sabía, dónde estaba el planeta y muchísimas cosas más.

Pero se le cerraban los ojos sin que ella pudiera evitarlo. Era

algo superior a sus fuerzas.

—Olga…

¡La llamaban!

—Olga… Habla Zano-4…

No podía contestarle.

En aquel instante, todo se hizo negro para la mente de la Profesora Nordlander. Sin darse cuenta perdió el conocimiento y unos brazos la asieron por las axilas impidiéndole que cayera al suelo y pudiera lastimarse.

Olga Nordlander valía mucho.

Capítulo II

Su-12 entró en el departamento de Kiros violentamente y se detuvo a espaldas de Zano-4.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¿Has oído?

—Claro… Toda la estación sabe ya de la alarma en Kiros y se pregunta lo que va a suceder.

—Nada.

¿De verdad?

—Sí… Quieren venir a explorarnos, pero lo impediremos desde aquí y asunto resuelto.

—Asegúrate, Zano-4.

—Sí, lo haré.

—¿Diste el informe?

—No, verás Su-12…

El aludido se había echado hacia atrás, comprendiendo en seguida lo que su colega iba a decirle. Esto debió hacerle sentir miedo porque lo miró con pena.

—Espera, Su-12… —pidió Zano-4.

—No has avisado. ¿Por qué?

—No me había dado cuenta hasta ahora. Pero ya te he dicho que es exactamente lo mismo porque puedo impedir ese intento desde aquí mismo.

—¿Qué decías?

—Pues…

Zano-4 calló.

En aquel momento, ya debían estar vigilándolos. Sus jefes tenían cámaras instaladas en todos los departamentos, no para vigilar, sino para que una tontería no hiciera tomar medidas extremas a toda una sección cósmica.

—Averigua pronto lo que sucede, Zano-4.

—Sí. Pero ya te he dicho: van a mandar una nave hacia

nosotros.

—Eso es muy peligroso.

—Creo que hay tiempo de hacer algo. Además, sus combustibles son todavía bastante anticuados y tardarían bastante en llegar hasta aquí.

»En ese tiempo podremos hacer algo.

—Mejor antes de que abandonen Kiros.

Zano-4 volvió a concentrar su atención en los instrumentos. Su-12 había sido su compañero y su amigo y, sin embargo, ahora le estaba engañando como si fuera un desconocido.

¡Él ya conocía los medios para inutilizar el proyecto de los habitantes de Kiros, sólo que no le resultaba fácil utilizarlos!

Aquellos seres eran tercos como hormigas. Por muchos fracasos que tuvieran siempre volvían a insistir buscando otros caminos, otras formas de conseguir lo que querían.

¡Siempre adelante!

—¿Ves algo, Zano?

—Sí.

—¿Qué?

—Una base en la zona primera.

—Nunca, hasta ahora, habían instalado algo similar en esa zona.

—Ya lo sé.

—¿Y qué les hace pensar a las máquinas que esta vez van por buen camino?

—Tal vez el sabio que ha inventado el aparato.

Su-12 parpadeó.

—¡Es verdad! ¡Siempre hubo gente muy lista en esa zona!

Hubo unos segundos de silencio.

Luego, Zano se giró hacia su amigo.

—No va a ser difícil hacerles desistir.

—¿Qué has pensado?

—Provocar un fallo en el circuito eléctrico. Esto nos proporcionará el tiempo suficiente para pensar algo mejor.

»Ya sabes que las órdenes son de no intervenir en los asuntos internos de Kiros.

—Desde luego.

La respuesta dio que pensar a Zano.

No intervenir en absoluto era el lema de milenios y siempre se había cumplido así. No podían hacer nada vieran lo que vieran, tanto bueno como malo, excepto cuando peligraba el cosmos.

Su-12 apoyó una mano en su espalda y dijo:

—He de marcharme, Zano.

—Como quieras.

En el fondo, se alegraba de que su amigo le dejara solo, porque lo que tenía en la mente no podía confiarlo a nadie.

—Avísame en caso de que me necesites.

—Descuida, Su-12.

Su, abandonó el departamento de Kiros.

Zano pensó.

¿Había cometido un error?

Por lo menos, había faltado a su promesa.

¡Se había comunicado con un kirosiano!

Se dijo que no debía hacerlo de nuevo, que era muy arriesgado y ajeno a sus deberes.

Pero, ¿qué le había ocurrido a su interlocutor de Kiros? ¿Por qué tan bruscamente dejó de recibir?

Tenía su onda magnética y podía localizarlo.

Consideró que estaba agotado. Era demasiada la responsabilidad que llevaba sobre sí aunque hubiera pasado buena parte de su vida preparándose para aquel trabajo.

Si averiguaban lo que había hecho sería destituido automáticamente y esto todavía sería peor.

¿Qué derecho tenían ellos de regular una vida cósmica, habiendo otros seres capaces de vivir con su propia personalidad?

Esto lo había pensado en muchas ocasiones y nunca halló respuesta. Consideraba que también los habitantes de Kiros podían haber sido la raza más lista del Sistema.

¿Soportarían ellos un mandato cósmico?

Sinceramente, creyó que no. Es más, harían todo lo posible por evitarlo e incluso llegarían al odio, sentimiento éste desconocido para ellos por lo menos ahora.

¿Qué era odiar?

No debía pensar de esta manera.

Se apretó la cabeza con las manos e intentó zafarse de aquella preocupación.

Empero, no lo consiguió.

La persona de Kiros con la que había hablado daba toda la impresión de estar en apuros. Y esta persona tenía un coeficiente mental muy superior al normal.

Sus máquinas le habían dado todos los datos mentales del individuo.

¡Pero no los físicos!

***

La figura de un hombre se adentró en la ancha pista asfaltada y levantó un brazo.

—Es la señal.

—Ya veo.

—Al parecer, Domolky lo ha conseguido.

—Sí, en efecto.

Quien tan secamente contestaba pisó el acelerador y el auto bólido arrancó furiosamente.

El vehículo, impulsado por un turbo-jet, no rozaba la carretera. En pocos segundos tomó una velocidad de casi doscientos kilómetros por hora y voló directamente hacia el hombre.

A un lado de la carretera se veía otro cuerpo humano que yacía en el suelo.

La Profesora Nordlander.

El que conducía pulsó el freno.

Domolky echaría dentro del vehículo a la mujer y luego desaparecerían de allí sin dejar el menor rastro. Las órdenes habían sido de apoderarse de Olga como fuera.

De pronto, el conductor se puso lívido.

¡El auto bólido continuaba a la misma velocidad mientras se acercaba a Domolky!

—¿No paras? —preguntó su acompañante.

—Sí, pero…

El otro se alarmó.

Domolky estaba a menos de veinte metros de ellos.

—¿Qué haces?

Se giró hacia el conductor.

Éste, pálido como un cadáver, se afanaba en los controles del vehículo sin poder dominarlos.

Repentinamente, pasaron delante de Domolky y continuaron por la carretera desapareciendo casi al instante en la lejanía.

Domolky, que había tenido que apartarse para no ser atropellado por sus compañeros, soltó una abrupta exclamación y maldijo, a los dos individuos que tan ineptamente se estaban comportando.

¡Lo habían dejado solo!

Se volvió hacia Olga. La mujer respiraba con normalidad y pronto recuperaría el conocimiento.

—¡Estúpidos!

¿Qué hacer?

Si perdían aquella oportunidad, Ekkor pondría a la profesora bajo su vigilancia personal y entonces sí que sería difícil raptarla.

La visión del fracaso disgustó más a Domolky.

Levantó la mirada.

El morro de un bólido aparecía en la distancia, por el lugar opuesto al que se habían perdido sus colegas.

Tragó saliva.

Si eran los hombres de Ekkor estaba perdido. Tampoco podía esconderse porque el otro ya le habría visto y podía llamar a la policía en cuanto descubriera el cuerpo de Olga.

La mejor solución era dominar los nervios y así lo hizo.

Agitó los brazos pidiendo ayuda y después se inclinó sobre Olga para dar la impresión de que la estaba auxiliando.

Olga despertaba ya, aunque el gas que le habían dado le dejaba la cabeza abotargada.

—Señorita…

Olga abrió los ojos.

En aquel instante, el vehículo se detenía tras ellos y Domolky se giró con la esperanza de que fuera un civil.

Lo era.

—Oiga, señorita… —repitió.

—¿Qué?

—¿Se encuentra bien?

—¿Qué ha pasado? —preguntó una voz de hombre, procedente del lugar donde se había detenido el auto bólido.

—No sé. La he encontrado en el suelo.

De reojo, Domolky observó que el recién llegado era un tipo alto, atlético y bien vestido. Era rubio y sus ojos apenas se movían al mirar.

Más o menos como los suyos.

—¿Un desmayo?

—Es preferible…

El desconocido se acercó un poco más y tomó una de las manos de la mujer para observarle el pulso.

Entonces, despertó Olga.

Al ver a los dos hombres tuvo un instintivo movimiento de pánico y retrocedió por el suelo.

—No se asuste —dijo Domolky.

—¿Quiénes son ustedes?

—Pasábamos por aquí y creímos que necesitaba ayuda.

—No…, no…

—¿Le ha pasado algo, señorita? —inquirió el que acababa de llegar con una ancha sonrisa.

—Pues…

Miró en derredor. Vio el auto bólido y parpadeó. Ekkor había tenido razón al prevenirla.

—Nada… De pronto me encontré mal y no recuerdo.

Los ojos de Domolky brillaron. Ella sabía fingir y estaba recuperándose rápidamente. Lo primero que haría, por descontado, sería avisar a Ekkor de que habían intentado raptarla.

Así, pues, tenía que darse prisa y eliminar al curioso. Luego se apoderaría del bólido y partiría al encuentro de aquellos estúpidos que se habían portado como principiantes.

Se puso en pie.

El desconocido estaba de costado.

De pronto, disparó su pierna izquierda contra la quijada del otro, dispuesto a dejarlo fuera de combate al primer golpe.

Pero la sorpresa lo dejó atónito cuando su imprevisto enemigo dio un salto y se apartó.

Domolky lo miró.

Sonreía enfáticamente, como si ya hubiera sabido desde hacía rato que iba a atacarle.

Olga Nordlander gritó y se hizo a un lado.

—¿A traición? —habló el rubio, mientras sus pupilas despedían chispas de furor.

—¡Lárguese! —bramó Domolky.

En lugar de ello, el rubio se lanzó contra él y logró hacerle encajar un directo en la frente.

Domolky retrocedió por el impulso estando a punto de caer al suelo.

Sus labios emitieron un rugido de dolor.

Y el otro prosiguió el ataque.

Domolky lo vio venir y se preparó. Aunque no tuvo tiempo para más, puesto que su enemigo no le dio tiempo.

Media docena de puñetazos rápidos, consecutivos, cayeron sobre su mandíbula. Luego, como un rayo maldito, el canto de la mano derecha del rubio cayó sobre su cuello.

Fue como si la vida cerrara sus puertas para el espía, ya que todo se puso negro y no sintió dolor.

El desconocido lo vio caer de espaldas y no se molestó en seguir pegándole.

Se volvió hacia Olga.

La mujer estaba levantándose en aquel momento. Sus ojos parecían desorbitarse y temblaba.

—No tema, señorita —habló el desconocido, frotándose los puños tranquilamente.

—¿Está muerto?
—No, solamente dormido.
—¿Quién es? —preguntó ella, todavía alarmada.
—Lo ignoro… Pero es de suponer que se tratará de algún desaprensivo sin escrúpulos.
—Sí…
—¿Cómo se encuentra?
—Bien, gracias…
—Si puedo servirla en algo.
—No, vivo aquí.
Y Oiga señaló la casa de la que había salido a la fuerza. Pensó que debía hacerlo pasar y mostrarle su agradecimiento por lo que había hecho.
—¿De verdad no me necesita?… Si quiere, puedo cuidarme de avisar a la policía.
—No hace falta.
—Como quiera. Vive bastante apartada.
Olga sonrió. Aquel hombre era agradable e inspiraba confianza.
Además, era muy varonil.
Pocas veces se había fijado en los hombres, pero aquella vez lo hizo sin darse cuenta.
—He de darle las gracias por lo que ha hecho, señor…
—Flommer.
Se miraron y él sonrió.
—¿No le apetece tomar algo? En dos minutos podemos estar en Estocolmo sentados en un bar.
Olga vaciló.
Debía avisar a Ekkor, acabar el informe y…
¡La señal del espacio!
De pronto, pasado el peligro, recordó la voz recibida del espacio y pudo más que cualquier otra cosa.
—Lo siento, señor Flommer; he de marcharme.
Él puso cara de contrariedad.
—Bueno… Pero podíamos vernos en otra ocasión.
—Lo siento. Dispongo de muy poco tiempo libre.
—¿La semana próxima?
Olga denegó con la cabeza y dio media vuelta, alejándose rápidamente hacia el interior de la casa.
Tras ella, los ojos. del hombre se encendieron como llamas, chasqueando por la negativa de Olga.
¿De qué estaba hecha aquella mujer-científica?
Pero oyó unos gemidos a su izquierda y se volvió. Era Domolky

que estaba volviendo en sí.

Antes de que el espía abriera los ojos del todo, el rubio llamado Flommer introdujo la diestra bajo sus ropas plastificadas y al sacarla empuñaba una oscura pistola.

Con un terrible dolor de cabeza, Domolky empezó a izarse.

No le asustó ver el arma del otro.

—Pegas duro… —dijo.

—Ya lo sé, amigo.

—¿Vas a matarme?

—Posiblemente.

—Entiendo. Quieres algo más.

—Exactamente… Camina hacia el bólido sin bromas. Tengo unos nervios muy ligeros, amigo.

—Sí, ya lo veo.

Domolky caminó hacia el vehículo y entró en él.

Flommer, precedido por su pistola, fue tras él y se colocó frente a los mandos. Después, salieron de allí y volaron sobre la pista asfaltada hasta que se hallaron a unos cinco kilómetros de distancia de la casa de la Profesora.

Flommer se volvió después de posar el vehículo en tierra firme.

—Bueno, amigo, suéltalo.

—¿De qué hablas?

La pistola se movió hasta la frente de Domolky, quien se dio cuenta de que no podía jugar. Lo que allí se jugaba era su vida y el rubio no parecía darle mucho valor.

—¿Entiendes ahora?

—¿Qué?

—Di lo que sepas de Olga Nordlander, antes de que me ponga nervioso y te liquide.

—No sé nada.

—Una vez muerto no podrás volverte atrás.

—Pues… Nos avisaron de que debíamos raptarla.

—¿Por qué?

—¿Te dan a ti explicaciones?

Flommer sonrió. Se daba cuenta de que Domolky no era tonto. Era un tipo listo, pero que le había tocado perder. En el fondo no lo odiaba; eran cosas del oficio.

Él también había recibido órdenes similares.

—¿Sabes quién soy?

—Inglés… O americano, tal vez…

—¿Y tú?

—¿Te importa?

—Claro… Sal, ruso.

Domolky se puso pálido y abrió la portezuela.

Una vez en tierra firme, notó que Flommer se quedaba en el vehículo mientras la pistola seguía apuntándole.

—¿Vas a matarme?

—Sí.

—No lo hagas.

—Lo siento. Son fallos del oficio. También me podía haber tocado a mí y tú no vacilarías.

Domolky cerró los ojos.

Era cierto.

En aquel trabajo, se vencía o se moría.

De pronto, se encendió la pistola, de su boca salió algo similar a un chispazo y Domolky dio un salto hacia atrás al tiempo que la cabeza le saltaba en pedazos.

CAPÍTULO III

Zano-4 se estremeció, el estómago le dio un vuelco.

Había visto morir a una persona violentamente y lo consideró un acto salvaje, brutal.

Los habitantes de Kiros, al menos buena parte de ellos, no estaban preparados para ejercer una fuerza en el sistema y tomar parte activa de la responsabilidad de éste.

Las cámaras se centraron de nuevo en la casa de Olga Nordlander y buscaron a la científica.

La hallaron frente a su receptor de ondas.

Zano-4 estaba sorprendido. El aparato, aunque necesitaba algunos detalles importantes, servía para lo que había sido ideado. Olga iba a ser la primera kiorosiana que hablara con el cosmos.

—Habla Olga… Habla Olga…

Zano-4 calló, limitándose a estudiarla.

¿Le contestaría?

Ganas no le sobraban, pero se mantuvo quieto a la espera de que sus superiores dejaran de vigilar el departamento. Hacía unos instantes les había comunicado lo referente al proyecto de Kiros y ellos parecieron no alterarse demasiado.

Creyeron que la momentánea idea de Zano era buena.

—Zano… ¿Me oye, Zano?

El aludido tuvo que apretar los labios para no contestar.

¡Naturalmente que la oía!

Cortó la comunicación accionó los mandos hasta que estos recayeron sobre los tres nuevos edificios recién levantados en la zona primera, punto tres.

Si zanjaba aquel problema tendría tiempo de hablar con la kiorosiana, aunque se daba perfecta cuenta de lo que significaría para ella el que el proyecto fallara en sus raíces.

Era el deber.

De pronto, la cúpula de uno de los edificios se movió a un lado y

Zano-4 vio el morro de un gigantesco cohete, de forma bastante distinta de los que habían usado hasta entonces los kiorosianos para ir hasta su satélite.

Éste era mucho más potente, se notaba al instante.

Su deber era comunicarlo al instante.

Primero el fallo sin posibilidad de accidentes mortales. Zano-4 empezó a pensar en él.

—Olga llamando a Zano…

Cortó la comunicación furioso consigo mismo y la centró en aquel huso metálico que habría de surcar los espacios camino de Toll, el planeta sagrado del Sistema.

***

Olga descolgó el teléfono. Estaba enlazado directamente con la oficina de Ekkor y en la pantalla apareció el rostro de un policía inexpresivo, de aspecto distraído.

—Soy la Profesora Olga Nordlander —dijo.

El hombre dio la impresión de ser pinchado por una afilada púa, pues se envaró al oír el nombre.

—A sus órdenes, profesora.

—Quiero hablar con el coronel Ekkor.

—En seguida, señorita Nordlander.

La pantalla se tornó gris y al instante surgía en ella el rostro del sabueso Ekkor.

—¿Me llama, profesora?

—Sí. Quiero que vengan a buscarme.

—¿Acabó su informe?

—Todavía no, pero tengo noticias para usted.

Ekkor entornó los párpados.

—¿De qué clase?

—Muy variadas. En primer lugar, he hablado con alguien del espacio y en segundo otros seres, menos civilizados, han intentado sacarme de aquí a la fuerza.

Ekkor saltó del asiento en que se encontraba.

—¿Cómo dice?

—Sí. Unos terrestres que debían de andar por la selva.

—¿Ingleses?

—No sé… Estuvieron a punto de lograrlo, pero pasó un hombre por la carretera y lo impidió.

—¿Qué hombre?

—No lo conozco.

—¡Voy para allá inmediatamente!

—No hace falta. Yo quiero volver a la base. Quiero revisarlo todo una vez más.

—Le saldré al encuentro.

—¿Han llegado ya los tripulantes?

—Sí, está todo preparado. Pero no se mueva de ahí hasta que llegue. Ha de explicarme cómo ha sucedido todo.

—Bien.

Olga cortó la comunicación, dándose cuenta de que Ekkor no le había preguntado por lo que le dijo de su conversación con seres del espacio. Ekkor no se preocupaba por esas cosas, sino por los agentes extranjeros que en aquel momento rabiaban por saber cosas del experimento.

Se apartó de allí.

Su aparato parecía en perfectas condiciones. Lo miró ininterrumpidamente con la esperanza de que la luz se encendiera.

Tuvo la sensación de que esperaba en vano.

¡Y se equivocó!

Repentinamente, la luz parpadeó como un ojo metálico y a Olga le bailó el corazón en el pecho.

Fue hacia allí.

—Aquí Olga en el planeta Tierra… ¿Quién llama?

—Zano-4.

La sorpresa dejó a la científica perpleja.

¡No lo había soñado!

—Zano-4, le oigo. ¿Habla mi lengua?

—Sí.

—¿Desde dónde?

—Lejos… Muy lejos.

Olga respiró hondo y se pasó la lengua por los labios completamente nerviosa.

—¿Dónde? —insistió ella.

—En el espacio.

—Oiga, me alegro mucho… Podemos…

—No hay tiempo. Suspenda el experimento.

—¿Qué sabe usted?

De pronto, sonó una alarma en la mente de Olga. ¿Cómo un ser de otro planeta podía conocer sus propósitos?

—Suspéndalo inmediatamente o peligrarán todos ustedes.

—¿Por qué?

—No hay tiempo.

—Zano-4.

—Deténgase, es lo mejor.

—Pero… Zano-4, ¿me oye?

Silencio.

—¡Zano-4!

En lugar de responderle el aparato oyó ruidos precipitados a su espalda y se giró.

Ekkor, acompañado de varios de sus hombres, entraban en la casa y tomaban posiciones.

No dijo nada hasta que el policía estuvo a su lado.

—Ekkor, debió venir usted unos segundos antes.

—¿De qué habla?

—Han vuelto a hablarme del espacio.

—Bah, debe de ser una trampa de nuestros enemigos.

—No, le aseguro que se equivoca.

—¿Y qué le han dicho?

—Es un ser llamado Zano-4… Y se refería al experimento.

La cara de Ekkor reflejó sus pensamientos. Su rostro se hizo hosco y miró en derredor.

—Es una trampa —dijo.

Olga se le acercó y le asió un brazo.

—No.

—¿Por qué está tan segura?

—Por la sencilla razón de que mi aparato sólo capta ondas extraterrestres.

—Suponga que ellos lo sabían. ¿Cree que les es muy difícil grabar esa voz en un satélite para que usted la oiga?

Lo que decía Ekkor era cierto.

Sin embargo, Olga no cejó.

—Le digo que no es así, policía.

—Está bien… De todas formas no va a servirnos de nada.

—¿Cómo dice semejante cosa?

—Escuche, profesora: usted sabe mejor que yo que no existe otra vida en el Sistema. Son muchísimos los satélites que se han enviado a todos los planetas y…

—Eso no prueba nada.

—¿Cómo?

—En absoluto. No lo sabremos hasta que seres humanos pongan pie en esos planetas, que es lo que nosotros vamos a hacer mañana.

—Bueno, es lo que digo yo…

Ekkor no era un científico; se le notaba inmediatamente.

—Está en un error, Ekkor; pero no importa. Espero poder probarlo y no sólo a usted.

—¿No cree que ya tiene bastantes problemas con el lanzamiento

de mañana?

—Tal vez…

—¿Por qué lo duda?

—El ser de otro planeta me dijo que todos corríamos un grave peligro, si efectuábamos la prueba.

Olga no quería, ante todo, que por una prueba suya, pudieran peligrar otras vidas humanas. Sería algo que no se perdonaría jamás.

—Considero que necesita un descanso.

—¡Ni soñarlo!

—Pues… —Ekkor se calló, aunque se le notó que se quedaba con las ganas de decir algo importante. Al instante añadía—: Mire, Profesora Nordlander, mejor será que no lleve usted sola toda la responsabilidad del proyecto.

—¿Lo dice en serio?

—Desde luego… No creo en seres de otro planeta, pero la he considerado como una persona muy juiciosa y espero que esta vez no esté equivocado.

Olga sonrió.

—Es usted un buen hombre, Ekkor.

—Lástima que sólo lo piense usted…

—Hasta luego.

Olga se alejó hacia el centro de la base. A aquella hora podría encontrar a todos los científicos importantes y pensaba reunirlos para comunicarles todas las novedades.

Ekkor tenía razón. Era mucha responsabilidad para ella sola.

Claro que era fácil imaginar lo que los otros iban a decir: que no había suficientes motivos para suspender el proyecto.

¿Qué hacer?

De pronto, pensó que Zano-4 podría darle consejo.

No le conocía pero su instinto de mujer le decía que era una buena persona, o al menos obraba de buena fe.

***

Flommer entró en el parque y lo cruzó lentamente, como un ciudadano normal. Incluso andaba despacio, llevando el periódico de la tarde bajo el brazo.

Su destino era la cabina telefónica del otro lado del parque.

Caminó hacia ella sin volverse. Entró y descolgó el auricular.

Al instante, una voz dijo:

—Hola, Stein.

—Hola, Coyle…

Su verdadero nombre era Stein, no Flommer.

—¿Tienes noticias?

—Sí, Coyle… Los rusos han estado a punto de raptar a la profesora.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

»Tuve que liquidar a uno de ellos.

—Sí, Domolky.

—¿Cómo lo sabes?

—No los perdemos de vista, como tampoco ellos a nosotros. Pero no debiste hacerlo.

—¿Por qué?

—Siempre nos hemos mantenido tranquilos. Ellos a la suya y nosotros a la nuestra.

—Este caso es distinto.

—Sí, a ello iba a referirme. Hay órdenes de la central.

—Habla.

—Debes hacerte con ella antes de lo previsto.

—Pero…

—Abandona el plan anterior, no hay tiempo.

—Entiendo.

—Y suerte, Stein… Te esperaremos en el lugar convenido.

—Bien.

Stein fue a colgar. Las cosas se complicaban más de lo previsto y la muerte de Domolky significaría tropiezos graves. ¡Tan graves como perder la vida en cualquier momento!

—¡Flommer!

Era Coyle que le llamaba.

—¿Qué ocurre?

Pero, en lugar de una voz conocida, lo que escuchó fue una terrible explosión en el otro lado del parque.

Soltó el aparato y salió de la cabina.

La que había estado ocupada por su amigo estaba convertida en un confuso montón de cristales rotos y hierros retorcidos, acompañados por los restos sanguinolentos de Coyle.

Los rusos habían entrado en acción, y bastante fogosamente.

Su único respaldo consistía en ser desconocido en el país, de forma que sus enemigos no podrían seguirle.

Estaba claro que habría de sacar a la profesora, del país por sus propios medios.

La sirena de la policía se oía ya en una calle adyacente.

Coyle había sido un buen muchacho.

Salió de la cabina y volvió a caminar como si nada hubiera sucedido. Sin embargo, en su interior lamentaba sinceramente lo ocurrido a su amigo y que podía ser su mismo destino.

Tal vez no debió matar a Domolky, pero se vio obligado a ello para que no hablara.

¿Dónde se hallaría Olga Nordlander?

El parque quedó atrás.

Aquella era una lucha fría, sádica. Jamás se podía estar seguro de una cosa y los fallos se pagaban de una vez para siempre: con la vida propia.

Además los rusos eran listos.

Y no sólo serían ellos los que andarán tras las huellas de la profesora, pues era de suponer que ingleses y franceses también estarían interesados en el proyecto de Olga.

Rapidez era lo que necesitaba.

***

Olga Nordlander abrió la puerta de la sala de conferencias y se adentró por el pasillo.

Iba de prisa, como si huyera de algo. Llevaba el rostro arrebolado y apretaba los puños con fuerza.

¿Qué se habían creído los muy estúpidos?

¡Ella no era una visionista ni una supersticiosa! Bien había demostrado que creía en la ciencia y que sus caminos eran ilimitados. Hasta ahora el proyecto había maravillado a todos porque, al menos en teoría, era positivamente perfecto.

Pudo haber hablado con Ekkor, pero no quiso.

Ella lo arreglaría todo a su manera. No necesitaba discutir ni gritar para demostrarles la verdad.

No querían suspender el proyecto, su proyecto. Decían que era demasiado tarde, que no cabía abrigar temores y que ellos corrían con la responsabilidad.

¿Les importaban mucho las vidas humanas?

A algunos sí, pero eran minoría y la responsabilidad en el caso de ocurrir una desgracia sería totalmente suya aunque dijeran todo lo contrario.

Comprendió la necesidad de ponerse nuevamente en contacto con Zano-4 y que éste le hablara claro.

Sí, era el camino más directo para llegar a la verdad.

Furiosa y enojada, abandonó la base.

Debía hablar con Zano-4 antes de que su cohete saltara hacia las estrellas y empujara a los hombres por caminos desconocidos cuyos

fines no podían sospechar.

¿Qué habría en los otros planetas?

¿Acaso un viaje de aquella clase significaría la destrucción del cosmos y de la vida?

¿Cómo saberlo antes?

Zano-4 era la única posibilidad y ella sintió unas terribles prisas por hablar con él cuanto antes.

Cuando llegó a su casa y los soldados la miraron, ninguno se dio cuenta de que había un bólido detenido a unos doscientos metros de allí ni sospecharon el nuevo peligro que corría el proyecto.

Los riesgos se acentuaban, sin que la Humanidad se diera cuenta.

CAPÍTULO IV

La puerta del departamento se deslizó a un lado, silenciosamente.

Zano-4 lo notó y se giró.

El Supervisor estaba allí, de pie y mirándole cansino a través de unas pupilas algo apagadas. Era alto, delgado y muy inteligente.

Al verlo, Zano-4 se asustó ligeramente. Luego, recuperó su aplomo y esperó que la visita no fuera para darle la noticia que él temía. De ser así su vida carecería de sentido.

—Saludos, Supervisor —habló.

—Igualmente, Zano-4.

El recién llegado miró en derredor con sus astutas pupilas y de un solo vistazo se hizo cargo de la situación.

—¿Desea algo?

—Sí. Nos preocupa Kiros.

—¿Por qué, señor?

—En pocos años, han adelantado más de lo esperado. Descubrir la descomposición de la materia le ha dado un impulso muy grande, aunque la ciencia que practican todavía está muy lejos de ser un peligro para nosotros.

—Sí, señor.

—Sin embargo, desde mi departamento, he notado con disgusto algunas anormalidades en Kiros. Creo que es hora de actuar.

Zano-4 parpadeó.

Si el Supervisor lo decía lo harían, porque él era el responsable de la central cósmica.

Zano-4 notó una instintiva sensación de angustia. Empezaba a preocuparse por Kiros bastante más de lo normal.

—¿Se encuentra bien, Zano-4?

—Sí, desde luego…

Suspiró.

Muy pocos habían podido engañar al Supervisor. Seguramente,

nadie en la historia de Toll.

—Es lo que hace falta.

»¿Y qué novedades hay en sus planes, Zano-4?

—Ninguna, señor.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Mientras usted provoca un ligero accidente yo pensaré en la solución final.

¡Solución final!

Odió esta expresión.

Cierto que los habitantes de Kiros no habían llegado al grado de inteligencia deseado para poder regir parte del cosmos, pero también dudaba de que ellos pudieran ocupar el derecho ajeno.

Éste era su problema.

—Sí, señor —murmuró.

El Supervisor no apartaba los ojos de los suyos.

No lo engañaba; ya se había dado cuenta de que algo raro le ocurría y por ello quería encargarse personalmente de la solución final.

¿Qué pensaría?

Lo más probable era retrasarlos varios siglos.

¿Era esto una buena solución?

No, no lo era. En poco tiempo se hallarían en el mismo problema. Los habitantes de Kiros eran muy distintos a la mayoría de los otros planetas y jamás se rendían ante la adversidad.

—¿Necesita algo, Zano-4?

La pregunta era insistente.

Le entraron vivos deseos de responder con la verdad, de discutir sus puntos de vista. Sin embargo, era prematuro e insensato.

No debía.

—Nada, Supervisor.

—Bien, en caso de gravedad avíseme.

—Sí, señor.

El Supervisor dio media vuelta y se alejó hacia la salida, por la que lo vio desaparecer.

Algo tramaba.

Por un instante, se imaginó uno de aquellos lugares de recuperación en el que uno no pensaba en nada. Las máquinas se encargaban de todo; el reposo era tan absoluto que la mente parecía rejuvenecer, dar la vuelta hacia atrás y aclarar los oscuros lugares del cerebro.

No quería.

¿Acaso se había contagiado con aquellos seres extraños de Kiros a los que admiraba y a veces no comprendía?

Era muy probable. Y a Zano-4 le entraba dos sensaciones distintas: una de inefable placer y otra de temor.

Temor a lo que no conocía lo suficientemente bien como para juzgar con su simple mente positiva-negativa.

No.

Azorado, se volvió hacia los controles.

Vio que el receptor de Olga Nordlander estaba abierto. Éste era un camino extraño, pero que le unía al mundo que soñaba.

La atracción fue superior a sus fuerzas.

—Habla Zano-4…

El silencio que siguió a sus palabras apenas duró unos segundos, puesto que la voz ya conocida replicó:

—¡Escucho, Zano-4!

Las pulsaciones de su corazón se reavivaron.

Lo que hacía estaba mal hecho e iba contra todas las reglas. Se estaba portando como un verdadero kirosiano amante del peligro, de la incertidumbre y el riesgo.

—¿Quién es, Zano-4?

¿Qué responder?

¿Por qué Olga hacía preguntas tan difíciles? No podía contestarlas.

—Yo…

—Sí.

¿Quién era él? Lo único seguro es que era el cuarto descendiente con el nombre de Zano. Por lo demás, todos sus congéneres eran exactamente idénticos hasta el extremo de que lo único que los diferenciaba era el nombre.

Sintió vergüenza.

—Soy Zano-4…—repuso, con un hilo de voz.

—No entiendo.

—¿Y usted?

La respuesta fue sumamente rápida:

—Olga Nordlander, física espacial… ¿Por qué antes habló del proyecto, si es imposible que sepa de él?

—Lo sé.

—¿Cómo?

—Kiros pertenece a mi departamento.

—¿Qué es Kiros?

—Su planeta.

Olga comprendió.

—¿Y cuál es el peligro?

—Todos ustedes están en peligro.

Se calló.

Desde la Tierra, Olga notó que su interlocutor no contestaba y respiró hondo en un intento por dominar los nervios.

—¿Por qué?

—No puedo explicarlo.

—Pero habla mi lengua, entiende lo que le digo.

—Sí.

—Entonces, ha de saber muchas cosas más que es necesario hablemos. Podemos ayudarnos mutuamente, ser amigos.

Zano-4 tardó unos segundos en entender estas palabras y luego sintió una viva alegría.

—Me gustaría mucho.

—Es que… ¿No puede hablar más claro?

Algo instintivo se rebeló en el interior de Zano-4.

¡No debía, pero podía!

Y dijo:

—Nosotros dominamos el cosmos y la vida en los planetas no suficientemente formados para unirse a la clase de los superiores.

—¿De qué habla?

—La vida en Kiros está controlada por nosotros y no queremos que lancen ese cohete.

—¿Dominar, controlar?

—Sí. Comprendo que se le haga extraño. Sin embargo, debe hacerme caso e impedir que ese cohete salga al espacio.

—¿Y si no lo hago?

—Intervendremos nosotros.

—¿Cómo?

Olga no se dio cuenta de que la sangre le había subido al rostro y que se estaba dejando llevar por una furia natural.

Creía lo que estaba escuchando y pensaba que aquellos seres no tenían ningún derecho a regir sus vidas.

Aunque si repetía estas palabras en una convención de físicos por descontado que ahora la tildarían de loca, de demente.

Necesitaba pruebas lo suficientemente contundentes como para demostrar la verdad.

—Olga Nordlander, usted tiene la oportunidad de hacer algo muy importante por los suyos.

—Espere.

Necesitaba tiempo, recapacitar.

—Deprisa.

—¿Cómo sé que es cierto lo que dice?

La excitación de Olga estaba llegando a un punto culminante.

Las palabras de Zano-4 podían ser un aviso de buena intención o un desafío a la Tierra.

—No puedo demostrarlo. Pero, si no me hace caso, verá la tragedia con sus propios ojos.

—¿Quiénes son ustedes para mandar sobre los demás?

No hubo respuesta.

—Se consideran inteligentes y se comportan como todo lo contrario —añadió Olga.

—Fuera de su casa hay un hombre.

—¿Qué hombre?

—Un enemigo de su zona.

—¿Qué?

—Sí, un hombre de la zona quinta, o Estados Unidos, que quiere llevarla con él contra su voluntad.

¡Era inaudito lo que oía!

—¿Cómo lo sabe?

—Lo veo… Y también que los tripulantes del cohete están subiendo a la nave.

—Imposible…

—Compruébelo, pero le aseguro que esta será nuestra última conversación, Olga Nordlander.

Olga disparó su brazo derecho hacia el teléfono y pidió comunicación con el Comandante Ekkor.

Éste apareció en la pantalla cuatro segundos más tarde.

—Profesora…

—Ekkor, dígame lo que está pasando en estos momentos —dijo ella atropelladamente.

—¿Le ocurre algo?

—¡Conteste!

—Hace unos momentos los tripulantes subían hacia la proa de la nave.

La respuesta la dejó anonada.

—Pero… ¿qué le pasa? —bramó Ekkor.

—Comandante, un espía americano vigila mi casa.

Ekkor abrió la boca.

—¿Lo ha visto?

—No. Sin embargo, creo que podrán capturarlo.

Ekkor no perdió tiempo ni en despedirse. De pronto, se suspendió la conversación, la pantalla se apagó y Olga dejó el aparato sobre la mesa, pálida como nunca lo había estado.

—¿Lo has comprobado? —inquirió la voz del espacio.

—Sí.

—Ekkor ya sale hacia aquí… Viene acompañado por cuatro vehículos más y van a rodear su casa.

—Zano-4… —habló Olga, casi sin fuerzas—, ¿por qué me dice estas cosas?

—No lo sé. Tal vez porque los admiro a pesar de sus muchos defectos.

La respuesta era mucho más sincera de lo que Olga podía imaginar.

—¿A nosotros?

—Sí, su libertad me fascina. No son capaces de estar regidos por lo sensato.

—Eso es un defecto.

—No del todo.

—¿Por qué ha dicho antes que iba a ser la última conversación, Zano-4, si nada le impide ponerse en contacto conmigo?

—No, yo estoy haciendo lo que no debía.

—¿Por qué?

—No se preocupe por ello. Créame, lo que más le urge es detener el cohete, entenderse entre ustedes y formar un planeta unido, capaz de ser aceptado por los Superiores.

—Yo no puedo hacerlo.

—Entonces, perderán el trabajo de siglos.

—¿Lo harán ustedes?

—Sí.

—¿Con qué derecho?

—El que nos ha concedido una mejor convivencia.

—No es suficiente.

—En Toll creemos lo contrario.

—¿Toll?

—Sí, Marte para ustedes.

—Ya…

—Es todo, Olga Nordlander.

—Todo no, Zano-4.

—No puedo seguir hablando.

—Pero debes hacerlo… ¡Y sin disculpa de ninguna clase! Dime, ¿por qué me has explicado esto a mí?

—Me pareciste lo bastante lista como para avisar a tus compañeros.

—No puedo hacerlo por la sencilla razón de que no me creerían.

—Tampoco yo.

—Sí, tú si puedes… De la misma forma en que te has comunicado conmigo lo puedes hacer con todos los jefes de

gobierno de la Tierra. Es la única forma de lograr algo positivo.

—Sería traición hacia los Superiores.

—De la otra forma traicionas la vida, Zano-4 —insistió Olga, dejándose llevar por los sentimientos.

—No.

—No te engañes a ti mismo, Zano-4.

Olga notó algo así como una respiración jadeante, como si su interlocutor fuera presa de una excitación y sufriera en su interior una sorda lucha por la razón.

Así era, en efecto.

—No puedo hacerlo… Ya he ido demasiado lejos.

—Es un camino que tu conciencia ha de recorrer, Zano-4.

En aquel instante se escucharon unas apagadas explosiones a espaldas de la mujer, fuera de la casa.

Olga se giró sobresaltada.

—Son tus compañeros —dijo la voz del espacio.

Algo más tranquila, Olga forzó una sonrisa y contestó:

—Puedes hacer lo que te he pedido, Zano-4… Puedes hacerlo y lo harás por toda la Humanidad.

Alguien irrumpió violentamente en la estancia.

Era Ekkor, pistola en mano.

—¡Profesora!

—Acérquese, Ekkor; quiero que escuche por sí mismo… Zano-4, repítele lo que me has dicho.

Ekkor avanzó unos pasos y apoyó una mano en el respaldo de la silla en que se hallaba Olga. Lo hizo sin decir una sola palabra, totalmente sorprendido por lo que oía.

Entraron otros hombres, entre los cuales se encontraba Flommer con las manos atadas a la espalda.

—Comandante Ekkor…

La voz salía del aparato.

El silencio que se formó en la estancia fue tan profundo que las personas parecían no respirar.

—Escucho —replicó Ekkor con un hilo de voz.

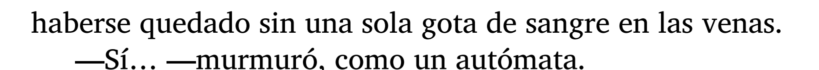
—Le he hablado a la Profesora Olga, pero veo que no basta para que ustedes me crean.

—No entiendo.

—Sí, usted entiende… Lo que ocurre es que su instinto animal reacciona contra ello porque de momento lo considera peligroso, maligno.

Lo verdaderamente malo es su incredulidad, Ekkor.

El policía estaba pálido. Tanto que dio la funesta impresión de


haberse quedado sin una sola gota de sangre en las venas.

—Sí… —murmuró, como un autómata.

—Lo siento, me es imposible seguir.

Olga dio un salto en la silla.

—¿Hará lo que hablamos, Zano-4? —quiso averiguar, desesperada.

—Si puedo lo intentaré, pero usted consiga que el cohete no salga de Kiros.

—Pero…

—Es todo.

La luz se apagó.

El silencio fue total en la estancia hasta que Olga se giró hacia los hombres que habían entrado y los miró uno a uno estudiando sus rostros. Todos estaban mudos de asombro.

—¿Le ha convencido, Ekkor?

—Pues…

—Supongo que no seguirá pensando que se trata de una trampa del enemigo, ¿verdad?

—No sé. Lo cierto es que parecía completamente verídico.

—Lo es.

—Entonces, ¿qué han hablado?

—Le he pedido que las mismas palabras las repita a todos los jefes de gobierno de la Tierra.

—¿Para qué?

—Ellos regulan la vida en el Sistema. Y nos permitirían que nos uniéramos a ellos si no lucháramos entre nosotros como salvajes, como fieras deshumanizadas.

—Todo eso suena muy bien, pero la realidad es muy distinta.

—Tal vez ahora no.

—Es peligroso —replicó Ekkor, firmemente convencido de lo que estaba diciendo.

—¿Por qué?

—¿Acaso sabemos nosotros lo que pensarán los políticos de las palabras de ese Zano-4, en el supuesto caso de que haga lo que ha dicho?

—No, es cierto.

—Sin embargo, cualquier persona humana reaccionaría con sensatez. Y eso bastará para que se den cuenta del error que cometen.

—Hace muchos años que lo sabemos. Sí, estamos equivocados, las luchas internas nos conducen al caos, pero quién es el primero que abandona las armas y le dice al otro que puede hacer lo que

quiera con él.

—Esta vez será la primera.

—Está muy convencida, profesora.

—Mucho.

—Pues yo no lo veo tan claro. Aunque comprendo su forma de pensar y la comparto.

»Empero no podemos tomar decisiones propias.

Olga hizo un mohín y se apartó unos pasos. Ya tenía pensada la respuesta y lo único que le hacía vacilar era si debía decirla o era preferible no confiarla a nadie.

¿Por qué callar?

Firmemente decidida, se giró hacia Ekkor y replicó:

—Yo pienso hacerlo.

—¿Usted? —exclamó Ekkor, más sorprendido aún.

—Sí, al menos en la parte en que me comprometo a esta lucha sin fin e injusta.

—¿Cuál es su parte?

—El cohete. ¿O lo ha olvidado?

—¿No pensaba sabotear el proyecto?

—Algo parecido; sólo que yo no lo llamaría de esta manera.

»Mire, ese cohete no saldrá jamás hacia las estrellas. Al fin y al cabo yo lo he ideado y tengo mi perfecto derecho a hacer lo que quiera con él, aunque tampoco ayudaré a otras potencias.

—¡Está loca!

—No, Ekkor… Ni tampoco me ofenden sus palabras porque en este momento no sabe lo que dice.

—¡Sí lo sé!

Olga lo desdeñó y miró a Flommer, Stein su verdadero nombre.

—¿Usted piensa lo mismo?

Stein se mantuvo callado.

—¿Es ruso? ¿Americano?

No contestó.

—Bueno, da lo mismo. Ya puede decirle a sus jefes lo que ha escuchado y la verdad.

Stein, con los labios pegados, miró a Ekkor.

—Este pájaro no remontará el vuelo, profesora.

—¿Es prisionero?

—Desde luego… Y usted también, Olga.

Se giró ella precipitadamente.

Y entonces vio la pistola de Ekkor que la apuntaba.

—¿Qué hace?

—Lo siento de verdad… Créame que lo siento, Olga; pero ante

todo debo cumplir con mi deber.

—¿No lo dirá en serio?

Se notó a Ekkor que aquel trabajo no era de su agrado.

Sin embargo, lo hacía librándose así de la responsabilidad personal que tanto le pesaba. Sus jefes decidirían lo que se debía hacer y hasta qué extremo Olga Nordlander era peligrosa.

Era el camino más recto para llevar la humanidad hacia un final trágico.

Capítulo V

Los auto bólidos policiales llevaron a los dos prisioneros hasta el perímetro de la base. Después, ante la sorpresa general, Olga y Stein fueron introducidos en dos celdas acorazadas distintas.

Empero, a la profesora se la trató con todo respeto. Oficialmente, Ekkor la confinaba para impedir que hiciera una locura. Correspondería a jefes y políticos decidir cuándo podría ser puesta en libertad.

De todas formas, tal y como la propia Olga pensaba, sería demasiado tarde porque entonces ya habrían regresado en el tiempo y la Tierra habría perdido siglos de esfuerzos y privaciones.

Era un precio demasiado alto.

¿Es que no había nadie capaz de darse cuenta del error que estaban cometiendo?

Al parecer, no.

Olga casi lloraba de impotencia.

Su único vínculo de unión con Zano-4 estaba cortado. Ahora, sería el destino el que decidiera por millones de seres.

Apoyó la espalda en la pared de acero. Fuera, en el campo, se oían los ruidos de los vehículos que rodaban por la base en las últimas horas que precedían al lanzamiento.

¿Qué sería del cohete?

¿Hasta qué extremo llegaría el castigo de los habitantes de Toll?

Si al menos Zano-4 probara la verdad de sus palabras y consiguiera convencer al mundo. Pero lo dudaba bastante. Ekkor había tenido razón, por muy lúgubre que ésta fuera.

Pasó una hora.

La espera se hizo larga, tediosa. Los nervios la hacían caminar de un lado para otro.

Las esperanzas, prácticamente nulas.

¿Dónde estaría Zano-4?

¿Cómo era?

Muchas preguntas sin respuesta bailaban en su mente martirizándola con la ignorancia.

Pero Zano-4 existía.

***

El hombre, grueso, de cabello canoso y anchas espaldas, se puso en pie con el rostro encendido.

—¡Inaudito!… ¡Imposible de creer! —aulló.

Dos largas hileras de rostros lo miraron.

Se les notaba que eran del mismo parecer.

El hombre no se detuvo ahí, sino que añadió:

—¡Es inconcebible que la Profesora Olga se haya dejado arrastrar por una tontería semejante!

»Y, desde luego, encuentro monstruoso que el proyecto sea suspendido. Que la profesora fuera su promotora no implica que hayamos de abandonarlo, ya que sería un perjuicio para toda la nación.

Las cabezas respondieron afirmativamente.

Jan Ekkor, situado en un rincón de la sala, escuchó con aspecto grave lo que los máximos dignatarios de la base hablaban.

Ya lo suponía.

El Gobierno estaba siendo informado de lo sucedido y se esperaba su respuesta, pero sin detener los preparativos del lanzamiento.

Los tripulantes del cohete ya estaban en su cabina, los técnicos sólo esperaban la hora Cero.

—¿Qué piensan ustedes, señores? —preguntaba el que se había levantado, considerando innecesario que siguiera hablando.

Él sí fue rotundo.

Que Olga Nordlander desvariara no les detendría.

Ekkor suspiró y salió de la estancia. Lo sentía por Olga, ya que ella no merecía lo que le estaba sucediendo.

¿Quién tenía razón?

¿No jugaban demasiado para no detenerse a pensar?

Con franqueza, se dijo que todos erraban.

Caminó por los pasillos subterráneos.

Sería el primero en comunicar a Olga la decisión de los demás científicos. Al fin ella no era una delincuente, sólo había llevado la contraria a otros hombres menos listos que ella.

Se detuvo ante los dos soldados que hacían guardia en la puerta de la celda.

Estos hicieron resonar los tacones de sus botas y Ekkor les hizo

una seña para que abrieran.

La gruesa puerta se deslizo a un lado.

Olga estaba frente a la entrada y le miró en silencio.

En sus pupilas creyó ver una sorda pregunta.

—¿Cómo está, Olga?

—Bien… ¿Qué ha pasado?

—Sus colegas consideran que no hay motivos suficientes para anular la operación.

Los hombros de la mujer se hundieron.

—Lo sabía —contesto.

—Pero no se preocupe… Lo más probable es que no ocurra nada. Ya verá como todo quedará solucionado.

— No, Ekkor; ya no.

Ekkor notó un violento escalofrío en su espina dorsal.

¡Olga hablaba tan convencida que cada vez le hacía dudar más!

—No debe perderse la esperanza.

Ella forzó una sonrisa.

—Gracias, Ekkor, por darme ánimos.

—Es la verdad.

—Usted sabe que no... Y nosotros lo vamos a pasar muy mal cuando veamos retroceder al mundo sobre sus propios pasos y convertirse en algo mucho peor, más denigrante.

Ekkor calló.

¿Qué decir?

Olga había dedicado toda su vida al estudio. Sabía sobre temas científicos mil veces más que él.

Pero los hechos eran ineludibles, y también la responsabilidad propia, la conciencia.

—No podemos hacer nada por evitarlo, profesora.

—Déjeme salir de aquí, Ekkor.

El hombre se puso lívido.

—Lo que me pide es una locura...

—¿Y no es mucho mayor lo que hacemos quedándonos con los brazos cruzados?

—No sé... No sé...

No lo haría. Olga supo que no le permitiría salir del cautiverio para cumplir sus propósitos y por ello, abatida moralmente, volvió a apoyarse en la pared.

—Sólo nos queda una esperanza, comandante.

—¿Cuál? —preguntó éste.

—Zano-4.

—¿Confía en él?

—¿En quién si no?

De pronto, surgió una voz metálica desde el techo de la celda:

—Comandante Ekkor, preséntese inmediatamente en Dirección... Comandante Ekkor, es urgente.

—Es para usted —dijo Olga.

Ekkor la miró algo avergonzado.

—Sí.

—Vaya, debe de ser el Gobierno que responde.

Asintió el hombre con la cabeza e hizo intención de salir. Pero antes de llegar a la puerta se detuvo y se giró.

—Profesora, lo siento de verdad.

—No importa... Ya nada podemos hacer; sólo esperar que alguien se arriesgue por nosotros.

Ekkor no dijo nada más y salió.

Los altavoces de la base seguían llamándolo con insistencia. Luego, Olga escuchó el rugir de la alarma. Todas las sirenas, al estar conectadas entre si, rugieron al unísono.

Oyó carreras por los pasillos, voces que preguntaban lo que sucedía y cómo se iban tomando las medidas de urgencia. Los pasillos y estancias de la base se cerraban y quedaban incomunicados como los departamentos estancos de un buque sumergible.

¿Llegaba la hora?

A Olga no le importó morir. Interiormente, ya estaban muerta.

***

Zano-4, transpirando por primera vez en su vida, cerró los conmutadores de todos los aparatos que le rodeaban.

¡Ya estaba hecho!

Tenía la boca seca, árida como uno de los desiertos de Kiros. Dentro, en su interior, sentía una indescriptible tranquilidad. Era como si la paz eterna hubiese entrado en su ser antes de morir.

Se sintió tranquilo.

Él había cumplido con lo que le mandaba su conciencia!

Los Superiores no tardarían en llegar.

Los esperaría donde estaba sin moverse.

Ellos dirían que estaba cansado, que necesitaba un descanso para reponer fuerzas y luego volver al trabajo. Y él caminaría hacia su destino con los hombros hundidos y la conciencia altanera.

Después de todo, lo que había hecho no era tan grave: había dejado abierto un posible camino de entendimiento.

Si los Superiores y los hombres de Kiros fueran un poco

razonables, su acto sería el principio de un gran júbilo.

Pero no sería así.

Súbitamente, se encendieron más de una docena de luces.

¡La alarma de Toll!

Sin ruidos ni estridencias, sin causar el menor alboroto, ni perder la calma, la señal de peligro sonó en todo el departamento.

¿Por qué no habían llegado aún?

De pronto, la puerta se deslizó.

La alta figura del Superior apareció en el umbral sereno, tan calmado como siempre.

Lo único raro que Zano-4 notó en él fue que tal vez sus apagados ojos brillaban un poco más que de costumbre, como si una nueva luz se despertara en su interior.

Zano-4 se puso en pie respetuosamente.

—¿Te sientes bien, Zano-4?

—Sí, señor.

Antes hice la misma pregunta y me engañaste.

—Lo siento, señor… Tuve que hacerlo.

—Sí, lo sabía.

¡La sorpresa fue rotunda!

¿Por qué entonces le había permitido llegar tan lejos cuando le era fácil detenerle?

Los ojos del Superior seguían brillando como dos de los millones de estrellas perdidas en el espacio infinito. La sabiduría de siglos y siglos se almacenaba en la mente del Superior. Detrás de aquellos ojos había un cerebro anciano pero sabio como pocos en el cosmos.

—¿Por qué? —preguntó Zano-4.

El Superior comprendió al instante y replicó con su acostumbrada calmosidad:

—Era tu sentir, Zano-4.

—Pero…

—Lo que has hecho lo hemos pensado todos. Por nuestras mentes han pasado parecidas ideas, aunque posiblemente no hayamos tenido el suficiente valor para hacer lo que tú has hecho.

—No entiendo.

—No te preocupes… Llegará un momento en que comprenderás muy bien lo que ha pasado.

—Ellos están en su derecho de saber la verdad.

—Sí.

—Por eso lo hice.

El Superior movió la cabeza. Sus ojos observaron lentamente todas las máquinas que los habitantes de Kiros todavía no habían

soñado con inventar.

—Ellas jamás igualarán al hombre, Zano-4.

Zano-4 vio una inmensa clemencia en el Superior y decidió ir más lejos todavía.

Preguntó:

—¿Por qué no les damos una oportunidad, señor?

—¿Crees que sabrán aprovecharla?

—Tal vez sí…

—Ojalá, Zano-4.

¡Con estas palabras Zano-4 vio claro lo que pasaba por la mente del Superior!

Le habían dejado que hablara con Olga Nordlander y también que cortara todas las comunicaciones de la Tierra para repetir sus palabras a todos los gobiernos de aquel planeta extraño.

—¿No piensa actuar aún, Superior?

—No, esperaré algún tiempo más.

—Contestarán como siempre hemos deseado, señor.

—Vamos, Zano-4.

No podían seguir hablando.

¡Lo que faltaba habrían de decidirlo los propios habitantes de Kiros!

¡Era la última oportunidad!

Empezó a andar.

En Toll también habían leyes a las que se debía respetar, aunque no hicieran falta cárceles ni jueces.

Todos sabían lo que debían hacer después de haber errado.

Pasó delante del Superior y éste le siguió.

A sus espaldas, la puerta se cerró por sí sola y el departamento de Kiros quedó vacío.

Poco a poco, las luces de alarma se fueron apagando hasta que todo retornó a su anterior calma.

Zano-4 pensó en Olga Nordlander.

¡Si todos los kiorosianos fueran como ella no habría ningún problema en absoluto!

¿Qué pasaría en Kiros?

Había depositado toda su confianza en aquellos seres, de tan extraña forma de proceder. Había querido igualarse a ellos y lo había hecho con la mejor intención.

Temió que los resultados fueran desoladores.

Ahora se sentía más humano, menos máquina.

¡Y no supo que confiar en el prójimo le dignificaba!

La luz de la esperanza brillaría en su alma hasta que lo

inesperado no se hubiera perpetrado.

***

Ekkor corrió por el pasillo a toda la velocidad que sus piernas pudieron proporcionarle. De todas las puertas, salían hombres y mujeres precipitadamente; la confusión era grande.

Luego, la gente empezó a desaparecer, instalados ya en sus lugares correspondientes para el caso de un ataque atómico.

Ekkor llegó a la sala de conferencias, de la que había salido unos minutos antes.

Todos los científicos y dirigentes estaban allí, mirando hacia una de las paredes donde estaba la gigantesca pantalla televisiva y en ella el rostro del jefe de Gobierno.

La sangre se le heló en las venas.

¡Algo muy grave sucedía!

—...Y en estos momentos de confusión les ruego a todos ustedes que tengan calma, calma.

»Si nos ponemos nerviosos seremos una presa fácil para cualquier enemigo, cosa que no vamos a permitir porque según las últimas noticias que he recibido se delibera en las Naciones Unidas.

»Rusia, Francia, Inglaterra y Egipto, principales componentes del Consejo de Seguridad, están llegando a un acuerdo que es de esperar sea bien recibido por todas las naciones de la Tierra.

»Sí, la noticia nos ha sobrecogido a todos, pero esos Superiores se darán cuenta de que somos mucho más poderosos de lo que pueda parecerles desde Marte.

Hubo una exclamación rotunda. Los rostros parecían pétreos, los ojos de todos los presentes estaban desorbitados y el jefe del Gobierno se empeñaba en mantenerse calmado, cosa que debía costarle bastante trabajo.

Había ocurrido lo que Olga había estado deseando.

—...Verán que no somos esclavos, que sabemos defendernos hasta la última gota de nuestra sangre.

»Si quieren guerra la tendrán.

¡Guerra!

¿Qué disparate tan horrendo era aquél?

—¿Qué ha pasado? —preguntó al científico más próximo, asiéndole de un brazo.

El hombre se volvió, apartándose un poco del discurso que estaban escuchando.

—¿Cómo...? ¿No lo sabe, comandante?

—¿El qué?

—Los marcianos han cortado nuestras comunicaciones y nos han amenazado con destrucción total.

—¿Destrucción?

Lo que oía le pareció imposible, ya que no era lo que Zano-4 había prometido.

Bueno, algo parecido.

—¿Está seguro?

—Claro, escuche lo que dice la televisión y verá…

—Pero…

—¡No se preocupe!… ¡Tenemos las suficientes bombas atómicas como para destruir Marte antes de que ellos nos toquen a nosotros!

¿Y pensar que era un científico el que hablaba así?

¿Qué pensarían entonces los demás habitantes de la Tierra que tenían muchos menos conocimientos para juzgar lo que se debía hacer?

—No creo que seamos tan locos —dijo.

El hombre lo miró como si viera visiones.

—¿De qué habla?

—De la guerra. ¿Ya lo han pensado bien?

—¿Bromea?… Ellos no nos darán ninguna oportunidad. Quien pegue primero pegará dos veces.

Estas palabras atontaron a Ekkor.

¿Acaso habían pensado en lo que podía suponer un golpe de tal magnitud procedente del espacio? Era imposible de imaginar las armas de que dispondrían sus adversarios.

Una locura colectiva parecía dominar las mentes reunidas en la sala. Empero, había algunas caras sombrías de hombres que se habían apartado a un lado y no hablaban.

Tenían miedo.

—Piénsenlo —dijo Ekkor.

—No hay nada que pensar.

—Entonces seremos destruidos…

El científico rió y se volvió hacia los demás, añadiendo:

—Escuchen al Comandante Ekkor… Dice que esos marcianos nos destruirán y que hacemos mal al querer defendernos.

Las caras se volvieron hacia Ekkor.

Éste los miró con valentía, sin arrepentirse de lo que había dicho. Era la verdad, aunque ellos no lo creyeran.

—¡Tiene miedo! —gritó uno.

—Sí, seguro… ¿Es que ha pensado que hemos luchado todos estos años para dejarnos engullir por unos marcianos? —habló otro, ásperamente.

Ekkor dio media vuelta.

No dejaban camino para el diálogo, estaban obsesionados con la idea de una guerra a escala espacial.

Antes de llegar a la puerta oyó:

—Podemos instalar una cabeza nuclear en el cohete de la Profesora Nordlander, que los tripulantes soltarían cerca de Marte y sin ningún peligro para ellos.

Iban demasiado lejos.

A Ekkor sólo le restó confiar en que en la Tierra hubiera hombres bastantes más sensatos.

Capítulo VI

Jan Ekkor se acercó a la puerta y se detuvo frente a ella. Pulsó un botón y dijo:

—Comandante Ekkor, señor.

—Adelante.

La puerta desapareció tragada en la pared de acero y los ojos del policía se posaron sobre la cara de un hombre grueso, moreno y algo canoso.

—¿Me ha mandado llamar, director?

—Sí, Ekkor, siéntese.

—Gracias, señor.

Ekkor tomó asiento y esperó.

El director tenía el semblante arrugado, taciturno.

—Quería hablar con usted, Ekkor, referente a la Profesora Nordlander y su extraño comportamiento.

Ekkor se pasó la lengua por los labios.

—Sí, señor.

—Verá, yo considero que no podemos tenerla en una celda, como si fuera una delincuente. Es ofensivo.

—Entiendo.

—Y quería saber si hay alguna razón importante para retenerla donde está.

—No, señor.

—Bien, es lo que esperaba. Le ruego a usted que la ponga en libertad, aunque quiero que la vigile personalmente.

—¿Cómo?

—Sí, que vaya usted con ella a todas partes y así impediremos que cometa una tontería.

—La Profesora Nordlander está en su sano juicio, señor.

—Sí, lo sé... Pero también es apasionada y en las circunstancias en que nos hallamos no podemos permitir que una persona de la sabiduría de la señorita Nordlander tome decisiones propias.

—Sí, señor.

—Nada más... Porque supongo que habrá escuchado las noticias dadas por el jefe de Gobierno, comandante.

—Sí.

—Ya... También quiero que todos permanezcan en los subterráneos de la base excepto varias de sus patrullas que deberán vigilar la superficie. Hemos recibido órdenes de estar alerta hasta nuevo aviso mientras se hacen algunos cambios en el cohete.

—¿Va a despegar, a pesar de lo que sucede?

—Supongo que sí, comandante. La situación es muy grave y deberemos tener los ojos muy abiertos.

»La dotación de la Base Internacional de la Luna tiene su armamento a punto. Ellos serían los primeros en detectar naves marcianas camino de la Tierra y aunque sus defensas son bastantes eficaces nunca se toman las suficientes precauciones.

—Sí, señor.

—Es todo, comandante.

Ekkor se puso en pie y dio media vuelta. Sin decir nada más abandonó la estancia y regresó al pasillo.

Variaciones en el cohete significaba que, por fin, había sido aceptado el plan, tan inútil como descabellado, de armar el cohete de la Profesora Nordlander.

Caminó directamente al encuentro de Olga.

Al llegar frente a los centinelas dijo:

—Pueden regresar a sus puestos.

Los dos hombres taconearon y se fueron. Ekkor abrió la puerta y entró en la celda.

Olga seguía en el mismo lugar, inmóvil. Al ver al policía su rostro se iluminó y preguntó:

—¿Qué pasa, comandante?

—Malas noticias...

—Hable, ¡por favor!

—Pues no crea que es fácil de explicar... Estamos en los principios de una guerra espacial.

Olga cambió de color.

—¡Es monstruoso!

Ekkor bajó la cabeza.

—Lo sé. Pero mejor será que nos vayamos de aquí. Desde este momento está usted libre.

—¿Libre?

—Bajo mi custodia personal. Órdenes son órdenes, profesora.

—Sí, entiendo.

Salieron de la celda y andaron sin rumbo fijo, ella esperando saber más y Ekkor con muy pocas ganas de hablar.

—¿Ha hablado Zano-4 con los jefes de gobierno, comandante? —inquirió, con un brillo de esperanza en las pupilas.

—Sí.

—¿Y no los ha convencido?

—Al parecer, no... Lo han interpretado como una amenaza mortal para toda la Humanidad. A estas horas los delegados de cada país en las Naciones Unidas se esfuerzan en encontrar un plan de defensa conjunto. Algo así como una alianza momentánea.

—¿Y nuestro Gobierno?

—Parece de los más valientes. No olvide que gracias a usted se ha podido conseguir una nave capaz de sobrepasar la Luna y regresar a la Tierra con sus tripulantes.

»Su idea es perfecta.

—¿Y piensan usar mi proyecto para fines bélicos?

Ekkor no se atrevió a contestar de palabra y asintió con un seco movimiento de cabeza.

—No lo consentiré —replicó ella con energía.

—Un momento, profesora; aparte de que yo tenga que vigilarla, piense en los resultados de un paso mal dado.

»Zano-4 podía habernos mentido.

—No.

—Tampoco podemos asegurar que fuera sincero.

—Hay que hacer algo, comandante... ¡Usted y yo sabemos perfectamente el peligro que corre la Tierra!

—Sólo nosotros.

—¿Ha explicado lo que nos dijo Zano-4?

—Por lo menos seis veces... Incluso lo grabaron todo, pero ahora ya deben haberlo olvidado.

Ekkor se detuvo y la miró.

Olga aguantó la mirada. No sentía miedo; sino espanto por la tragedia que estaba a punto de conmover la Tierra.

¿Cuándo ocurriría?

Ni esto sabían.

Era bastante para volverse loco de pensar el error que iban a cometer.

—No se deje llevar por los nervios, profesora —añadió el policía muy serio.

—Tal vez estemos confundiendo los términos, Ekkor. La Humanidad siempre ha actuado bajo el instinto de conservación y es posible que nuestra salvación resida precisamente en un cambio

completo.

—No.

—¿Por qué está tan seguro?

Ekkor fue a contestar pero calló, dándose cuenta de que su pensamiento podía estar equivocado. Es más, reconoció que lo estaba a pesar de su arraigado tradicionalismo.

Sin embargo...

¡El problema era ineludible!

El pasillo estaba desierto, silencioso como una tumba. Los científicos y empleados esperaban en los refugios atómicos hasta que se desatara la guerra o pasara la alarma.

Eran números, seres que actuaban sin pena ni gloria.

Habían confiado sus vidas a otros seres y ahora esperaban. Lo único que podían hacer era tener miedo.

—Venga conmigo, Olga —dijo el policía.

—¿Adonde?

—A la sala de conferencias. Allí sabremos lo que va a ocurrir.

—Sí, tiene razón.

Olga, pensando que su cohete podía muy bien ser uno de los principales promotores de hecatombe, lo siguió.

La sala continuaba ocupada por el Consejo de la base.

Las caras, muy expresivas, se giraron hacia Olga y la observaron con detenimiento. Ella fingió no darse cuenta. Aquellos hombres presumían de ser muy inteligentes.

¿Cómo reaccionarían cuando lo que había costado tantos siglos de aprender desapareciera en unos segundos para volver al principio, al salvajismo nato?

¿Qué harían, al ver las máquinas que ellos mismos habían construido y que luego no entenderían?

Las destruirían creyéndolas animales peligrosos, las epidemias volverían a asolar la faz de la tierra, los instintos más bajos florecerían del lugar donde existió una alta cultura, aunque desordenada.

Olga sintió pena por todos ellos.

Y por sí misma también.

Repentinamente, la pantalla privada se iluminó de nuevo, apareciendo el rostro del jefe de Gobierno, sombrío y demacrado.

Dejó de pensar, el corazón dio la impresión de haber dejado de latirle indefinidamente.

Y, por fin, los labios del político se movieron para murmurar las siguientes palabras:

—A todos los que me están escuchando... Debo decirles que una

inmensa mayoría de los países de la Tierra ha optado por la defensa armada.

Olga tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder respirar.

¡Lo que tanto había temido iba a suceder!

Nadie dijo nada, las cuerdas vocales de los presentes estaban agarrotadas por la emoción.

Ahora sentían más miedo que nunca.

El jefe de Gobierno se había callado, pero añadió:

—A partir de este momento deben tomarse todas las medidas de seguridad planeadas para una guerra nuclear. No sabemos el armamento de que disponen nuestros enemigos y por ello debemos ser los primeros en atacar.

El cohete de la Profesora Nordlander será lanzado al espacio, y según lo previsto últimamente, tan pronto como sea posible.

»El destino es Marte.

¡Guerra cósmica!

Y la tenían perdida de antemano.

Olga dio un paso atrás. No quería seguir escuchando aquellas palabras fatídicas.

Deseó fervorosamente salir a la superficie de la base, para llegar hasta la tierra nevada y observarla detenidamente.

¿Sobreviviría?

Abandonó la sala, caminó por los largos pasillos como un robot con el sentido de orientación estropeado y luego acabó deteniéndose frente a una de las escotillas.

Salió tal y como estaba.

Fuera hacía frío. Las pistas principales no estaban cubiertas de nieve, pero las montañas se veían blancas, impecables.

Su cohete estaba en el edificio continuo. La tripulación se hallaría a punto y los técnicos no tardarían mucho en colocar la cabeza nuclear.

Andó sin volverse.

Un bólido blindado pasó a su lado y voló hacia los hangares principales, donde se hallaba el arsenal de urgencia.

Iban con rapidez, tensos. Los hombres parecían no mirar a ninguna parte, sino pensar en los resultados de lo que iban a empezar.

Si perdían, no podrían esperar clemencia. Ni siquiera sabían qué clase de muerte iban a tener.

Desesperada, Olga alcanzó el perímetro de la base y atravesó la alambrada. Sólo se detuvo al llegar a la ladera de una montaña próxima, desde donde observó la base y cómo se abría la cúpula del

edificio en que estaba oculto el cohete.

¡Quedaban muy pocos minutos!

De pronto, tuvo la sensación de no estar sola y se giró con brusquedad, asustada.

Vio una luz que brillaba en el cielo.

¡Era como si un nuevo sol hubiera nacido en el espacio para iluminarlos en su último día de raciocinio!

Olga cayó al suelo de rodillas.

¿Era aquél el castigo procedente de Toll?

No tuvo valor para cerrar los ojos.

No pudo.

Miró la basé, los altos edificios, las pistas con el nuevo sistema de asfalto que las hacía tan duras y resistentes como el acero, las máquinas...

¡Todo perdido por falta de fe!

***

La soledad de su alma era inmensa.

No podía verlo, pero notaba la terrible sensación de la angustia, del vacío interior.

Prácticamente, su alma estaba muerta.

Lo sabía.

Y también que si lo deseaba podía salvarla, o al menos intentarlo. Porque alguna vez su alma estuvo llena de vida, de ilusiones que, si no habían muerto, estaban en el olvido.

También sabía cómo revivirlas.

¿Tendría valor para ello?

Porque hacía falta mucho valor para hacer lo que en aquel instante pasaba por su imaginación. Era algo que nadie en Toll había osado hacer desde los tiempos más remotos.

¿Una locura?

¿Hasta qué extremo se puede considerar demente a una persona que lucha por su alma?

Salió del jardín.

La mente de Zano-4 funcionaba a una velocidad espantosa. Imaginaba, computaba, decidía.

No, sí, tal vez, nunca...

Sí.

¡Debía hacerlo!

Su casa, el lugar en que estaba «prisionero» fue quedando atrás, cada vez más distante. Allí tenía de todo, el Superior era un hombre consciente y bueno y en Toll los castigos físicos no se conocían,

como tampoco la muerte violenta.

Pero todo esto no tenía nada que ver con la conciencia ni el alma.

No, lo que iba a suceder en Kiros era algo completamente distinto, algo que ya había ocurrido otras veces y que no debía volver a repetirse porque no era justo.

Llegó hasta un raíl suspendido. Para llegar hasta él montó en un pequeño elevador. Una vez arriba, pulsó un botón y esperó.

El ferro-rayo no tardaría en pasar por allí y le llevaría a donde él quería.

Un puntito oscuro apareció en la lejanía.

Y al instante, a una velocidad insospechada, una especie de tren de líneas aerodinámicas se detuvo frente a Zano-4.

Se abrió una puerta y subió.

El vehículo no llevaba tripulantes. Funcionaba automáticamente y se detenía cuando alguien le llamaba.

Había otros seres.

Las paradas se sucedieron una tras otra, a pequeños intervalos de segundos en los que el vehículo parecía tragarse la distancia como un animal insaciable.

Por fin llegó a donde debía bajar y lo hizo.

A su derecha, aparecieron unas proas afiladas, eran como gigantescos espárragos a medio brotar de la tierra. Estaban en posición inclinada y alineados.

Por lo demás, todo estaba desierto.

En la otra punta del espaciopuerto vio unas figuras que se movían. Debían de ser inspectores que regresaban de otros planetas, o tal vez científicos con planes extraños.

Sin ningún temor porque sabía que allí nadie vigilaba, se acercó al «espárrago» más cercano. La escalerilla situada en un costado le condujo hasta la entrada de la nave.

Jamás había pilotado un aparato de aquellos, pero entre las muchas cosas que aprendían los habitantes de Toll durante su instrucción era a conocer toda clase de naves y aparatos.

Al sentarse frente a los mandos vaciló.

El paso que estaba a punto de dar era decisivo.

Por orgullo iba a hacerlo y por la misma razón no podría volverse atrás.

Pero ya lo había pensado bien.

¡No podía elegir!

Sonó un zumbido a su espalda. La nave vibró ligeramente y cobró impulso suficiente para surcar el cosmos a una velocidad

superlumínica.

Con un arrebato de furia, Zano-4 pulsó el acelerador.

Y la nave partió como un dardo, dejando tras sí una estela azulada, casi transparente.

Zano-4 emprendía la gran aventura de su vida.

***

El Superior observó la pantalla en la que se veía un punto blanco, móvil y veloz. Luego, se giró hacia su compañero y ambos cruzaron una inteligente y expresiva mirada.

—¿Quién es? —preguntó el otro.

—Zano-4.

—Pero...

—Sí, imaginaba que lo haría —contestó el Superior sin dar la menor muestra de alteración.

—¿Y cuándo volverá?

—No lo sé... Es posible que nunca. Su alma es indómita, con cierto tono de aventurera.

—Correrá riesgos.

—Es lo que él quiere.

—¿No piensa tomar otras medidas?

—¿Cuáles? Zano-4 es libre completamente de hacer lo que desee mientras no perjudique a la comunidad.

El otro calló, viendo que la voluntad del primer Superior era irreductible. Además, si así lo decidía sería porque tenía razón. El Superior era muy listo.

Mientras, el punto blanco fue distanciándose de la pantalla, haciéndose más pálido y más lejano.

Luego, acabó por desaparecer.

Entonces fue cuando el Superior pareció cobrar nueva vida y se giró repentinamente.

—Hay que poner en práctica las medidas contra Kiros.

—Sí, señor.

—Como siempre...

Dio la impresión de que el Superior sufría al hablar así. Al menos esto creyeron sus interlocutores.

Y no se engañaban.

Lo que iban a hacer con el planeta Kiros resultaba desagradable para cualquier ser civilizado.

Sólo les quedaba esperar en que la siguiente civilización de Kiros fuera más comprensiva, más lista.

Pero ahora habían demostrado lo contrario y era preciso actuar.

No podían hacer otra cosa, ya que de lo contrario el Sistema se convertiría en un caos de violencia.

—Los mecanismos están preparados, señor —murmuró uno de los presentes sin titubear.

—Bien, lo haremos con nubes artificiales.

—Sí, señor.

—Tan pronto como estén preparadas ya pueden dispararlas.

—Sí, señor.

El destino del planeta Tierra estaba determinado.

Cuando el Superior dio media vuelta para salir de allí, estaba terriblemente triste, desolado en su interior.

¿Hasta cuándo?

CAPÍTULO VII

Repentinamente, el militar que estaba sentado delante del radar sufrió algo así como un ataque y se incorporó en el asiento, girando la cabeza hacia atrás y gritando:

—¡Alarma!

En Control hubo alarma general.

Un oficial bigotudo, moreno, se adelantó hacia el operador.

—¿Qué ocurre?

—Un objeto desconocido se acerca a nuestra zona de seguridad —bramó el primero.

—¿Cómo...? Seguramente, será uno de los bombarderos rusos que se han encargado del punto Norte.

—No, capitán... No, es ruso, ni nuestro... ¡Se acerca a una velocidad endiablada!

El oficial se giró y rugió:

—¡Sección de cohetes interceptadores!

La sección aludida se volvió hacia él.

—¿Estás seguro, soldado?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—A unas trescientas millas de aquí.

—Bien, llámalo... No quisiera derribar un avión de la Tierra y crear así una guerra interior.

—Pero...

El operador del radar estaba asustado. Veía perfectamente cómo aquel objeto extraño penetraba en la zona de seguridad y se dirigía hacia ellos en línea recta.

Si se retrasaban un poco más sería imposible detenerlo.

—¿Se acerca?

—¡Está a punto de alcanzarnos, señor!

La frente del oficial se perló con gruesas gotas de sudor al comprender que no tenía tiempo para pensar.

De pronto, como si soltara perros rabiosos, gritó:

—¡Derríbenlo!

Uno de los soldados que le estaba escuchando apoyó la mano derecha en un conjunto de botones rojos.

¡El aquel mismo instante partieron de la corteza terrestre dos docenas de cohetes seguidores con funcionamiento automático, que se encargarían de destruir al intruso!

—¡Avisen a la Aviación! —adujo.

No quería correr riesgos inútiles. Era tiempo de que la tripulación de aquel aparato se hubiera puesto en comunicación con ellos para avisarles de que eran amigos.

Ahora, era demasiado tarde.

—La Aviación avisada, señor.

—Bien.

El oficial inclinó la cabeza y centró la mirada en la pantalla de radar, esperando que aquel punto blanco desapareciera de un momento a otro, cuando los cohetes lo hicieran pedazos.

Los rastros de estos también se dejaron ver en la pantalla.

Surcaban el cielo hacia el intruso.

—Le van a dar, señor.

Sí, ya lo veo...

Los dos sudaron.

—Quince segundos, señor...

—Vamos, dadle ya —habló el militar, dirigiéndose a sus cohetes.

—Nueve segundos para impacto seguro, señor.

—Vamos, chicos... Vamos.

—Seis segundos.

El oficial se pasó la lengua por los labios. Los puntos de la pantalla estaban a punto de converger.

—Va...

—¡Ha desaparecido, señor! —bramó el operador bruscamente, mientras veía en la pantalla cómo los cohetes seguían su marcha y el objeto desconocido dejaba de ser detectado.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió el oficial, atónito.

—Pues...

—¡Hable!

—Debe ser demasiado veloz para nuestros aparatos, o se ha estrellado, señor.

—Imposible. Ninguno de los cohetes ha hecho impacto.

El soldado no replicó. Le ocurría lo mismo que a su superior: no lo entendía.

—¡Los aviones! —rugió éste último.

***

—¡El ataque ha comenzado! ¡Que nadie salga de los refugios atómicos hasta nueva orden!

La voz salió de la pantalla donde horas antes había hablado el jefe del Gobierno.

El ataque.

Objetos extraños penetraban en la atmósfera. Nada más. Era todo lo que sabían porque los partes de comunicaciones eran marciales, escuetos para que no cundiera el pánico.

Ekkor respiró profundamente.

Le atontaba pensar lo que iba a suceder, porque creía en Zano-4 lo mismo que Olga Nordlander.

También se sentía humano y algo en su interior se rebelaba contra aquella fuerza del espacio que se atrevía a juzgar a todo un planeta.

¿Acaso no tenían defectos ellos también?

La pantalla estaba apagada.

Sintió vivos deseos de salir de allí y lo hizo. La profesora no estaba en la base, la había buscado sin resultados positivos.

Anduvo hasta una de las escotillas de la superficie y no dudó en abrirla a sabiendas del riesgo que esto implicaba.

Salió.

El Sol se había ocultado, no estaba.

A su derecha, en el edificio de lanzamiento, el cohete cósmico de Olga hacía roncar sus motores y se preparaba para dar el salto definitivo hacia el espacio.

La tarde era gris, más gris de lo normal.

¿Llegaba la hecatombe?

Nubes.

Vio unas nubes oscuras, tan bajas que rozaban el suelo, acercándose a la base.

¿Serían los habitantes de Toll?

¿Y Olga?

Terriblemente apesadumbrado. Ekkor movió las piernas hacia las nubes que iban a su encuentro. De pronto, no sentía miedo, sino terribles deseos de acabar con aquella pesadilla.

Bien, que sucediera lo inevitable.

Dejó de pensar y prosiguió su marcha.

Una de las nubes fatídicas fue tomando un color verdoso y se acercó a escasos centímetros del policía.

Éste notó un frío interior, como si sus entrañas se congelaran al

contacto de aquellas masas desconocidas. Luego, le entró una confusa sensación de vértigo.

Creyó que iba a caer al suelo y se bamboleó.

¿Ya estaba?

¿Había muerto?

Zano-4 y Olga Nordlander habían tenido razón en sus predicciones y ahora ya no había solución posible.

***

Gruesos y potentes motores rugieron sobre su cabeza. Eran aviones militares que sobrevolaban los contornos de la Base.

¿Por qué?

Olga volvió a mirar el punto brillante que se había encendido en el cielo y esperó. También veía algo similar a nubes extrañas. El cielo se hacía oscuro, muy oscuro.

¡Como la muerte!

El punto ígneo se hizo más potente. Se acercaba a ella sin lugar a dudas. Luego, descubrió que el sol era algo así como un gigantesco cigarro que giraba sobre sí mismo a una velocidad sorprendente.

Lo vio frenar su marcha lumínea.

Se colocó en posición vertical y se acercó al suelo, ¡a unos cien metros de Olga!

La joven se puso en pie, alarmada. Jamás había visto una cosa semejante y pensaba que los habitantes de Toll se posaban en la Tierra para cumplir su promesa de castigo.

¿Cuántos vendrían?

Se volvió hacia la base.

Una gran nube verde la había rodeado casi por completo impidiendo toda visibilidad.

La tragedia se realizaba.

El huso espacial había terminado per detenerse totalmente y Olga creyó ver algo que se movía en su fuselaje, mientras dejaba de oír el ruido de los aviones terrestres.

Algo les habría sucedido.

Una figura, con apariencia humana, descendía de la nave y se volvía hacia ella.

¿Zano-4?

De pronto, la había ilusionado la idea de que fuera él, pero al instante comprendió que no podía ser. Además, su aspecto físico podía ser diabólico, repelente.

¿Importaba esto?

La respuesta se la dio a sí misma, cuando empezó a caminar hacia la nave sin sentir el menor temor, completamente tranquila en su interior. Si se trataba de Zano-4 mucho mejor.

Le conocería antes de que ella también sufriera los efectos del castigo, porque después sería inútil.

Sus mentes habrían dejado de entenderse.

La figura del espacio había llegado al suelo. Era alto, o lo creyó así en la inusitada oscuridad de la tarde.

El ser tenía dos piernas y dos brazos… Andaba como un terrestre normal, pero no movía los brazos, Sus vestimentas eran muy escasas: se componían de una sola pieza gris acerada que le cubría por completo y de un cinturón bastante ancho.

Olga vaciló.

Los ojos, muy azules, de aquel ser la miraban con marcada curiosidad, con insistencia.

Olga se detuvo.

Su instinto femenino le decía que se trataba de Zano-4, pero podía equivocarse y ser uno de los enviados a cumplir el castigo.

Prefirió apretar los puños y esperar.

Se sintió muy contenta, feliz.

—Hola, Zano-4 —contestó con los ojos resplandecientes de alegría.

—He venido, Olga.

—¿A qué?

Zano no se movió y la mujer le observó detenidamente. Era exactamente igual a un hombre de la Tierra, quizá un poco más alto.

Se le notaba vacilante.

—Para ayudarte. Tu planeta está siendo «reajustado».

—¿Y quieres que yo me salve?

—Sí.

—¿Por qué?

Tú no eres como ellos. Has comprendido el camino todos debiérais haber seguido. No mereces que te ocurra lo mismo.

Los ojos de Olga se anegaron de lágrimas.

Un ser de otro planeta venía a salvarla.

—Pero ¿adónde iré? ¿Qué puedes hacer conmigo y qué haré yo sola en lugares completamente desconocidos para mí, con otras costumbres y otros pensamientos?

Zano volvió a dudar.

—No tendrás problemas. Tu mente está lo suficiente desarrollada para este cambio.

»Pero si no quieres venir...

—No es eso, Zano-4.

—¿El qué entonces?

—¿Dónde iré? ¿A qué lugar?

—A Toll... Yo debo decirte que no pienso regresar a mi planeta, pero el Superior te aceptará con agrado porque ya te conoce.

—¿Quién es ese hombre?

—Uno de nuestros pensadores.

—¿Jefe?

—No, no hay jefes en Toll, sino pensadores. Seres más inteligentes y con más experiencia.

—¿Y tú, Zano-4?

—Yo viajaré a otros mundos, fuera del Sistema. Es posible que muera, pero he estado encargado de vuestro planeta por mucho tiempo y se han arraigado en mí algunas de vuestras costumbres.

—Entiendo. Quieres vivir tu vida.

—Sí, eso es.

Olga asintió con la cabeza mecánicamente. Comprendía muy bien las razones de Zano, pero le preocupaba quedarse sola en Marte. Zano era un desconocido también aunque le inspiraba mucha confianza.

—¿Vienes? —preguntó él.

—Sí.

Olga había respondido con rapidez, sin vacilar.

—Salgamos de aquí —añadió Zano.

—No, antes quiero decirte algo.

Zano se volvió y la miró de forma penetrante.

—¿Qué sucede?

—Voy contigo, pero no para quedarme en Toll... Si quieres seguiré a los mundos donde tú vayas; de lo contrario me quedaré en la Tierra y seguiré la suerte del resto de la Humanidad.

Sin decir nada, Zano-4 asintió con la cabeza.

En su interior se sentía inmensamente feliz porque Olga hubiera reaccionado de aquella manera tan valerosa y decidida. ¡Una compañera así era lo único que necesitaba!

—Está bien —replicó.

Olga empezó a andar, contenta por la réplica.

Alargó una mano hacia él.

¡Y entonces escuchó un brutal rugido a su espalda, como si una fiera salvaje estuviera a punto de saltar sobre ella!

Gritó y se apartó.

—¡Cuidado, Olga! —oyó que decía Zano.

Las manos de Zano se apoyaron en el cinturón, donde había cierto número de pequeños aparatos.

Se volvió.

Creyó volverse loca, al reconocer al Comandante Ekkor como el animal que la había asustado.

Ekkor había salido de la nube verde y, bamboleándose, caminaba hacia ellos mientras estiraba los brazos.

Su rostro estaba desencajado, embrutecido; los ojos desorbitados les miraban sin comprender. De los labios entreabiertos salían las puntas de los dientes y unos jadeos pesados.

¡Una fiera humana!

Ekkor, o lo que quedaba de él, dio unos cuantos saltos de simio y los rodeó.

Olga cerró los ojos. Ahora veía con sus propios ojos lo que iba a ocurrirle a toda la Humanidad, con lo que iba a suceder con una civilización que no había sabido ordenarse debidamente.

Pero ¿merecían acaso un castigo tan cruel?

Ekkor se había convertido en un ser de la Edad de Piedra. Ahora les miraba y no les reconocía. Debía suponer que eran otros animales, desconocidos, y recelaba antes de lanzarse al ataque mortal.

¡Sangre!

La profesora estuvo a punto de desmayarse. Era demasiado horror, demasiado cruel.

Sin poder evitarlo, lanzó a Zano una fulminante mirada de odio y éste dio un paso atrás.

Tras ella se acercaba una de las nubes verdes que estaban transformando el planeta. Olga Nordlander estaba atónita y aterrorizada, pero el instinto de ayuda al prójimo no había muerto.

—¡Comandante Ekkor!

Y al tiempo que gritaba, el hombre dio un salto atrás, lanzó la mano derecha como la zarpa de una fiera y rugió.

¡No se acerque! —gritó Zano-4, yendo hasta ella y sujetándola por los hombros.

—¡Suélteme, salvaje!

—Olga, espere...

—¡No tenemos nada de qué hablar!... Lo que están haciendo es un crimen no un acto de justicia.

—Pero...

—¡Han mentido!

Zano acabó soltándola y entonces Olga se giró hacia él con las pupilas llameantes y el rostro arrebolado. Esto era algo que las

mujeres de Toll no sabían hacer.

—¡No iré con usted!

—Olga, mira…

—¡Váyase antes de que lo mate!

Ekkor, algo más distante, seguía observándoles.

Los gritos resonaban estruendosamente en el silencio espectral de aquella tarde fatídica para el planeta Tierra.

Olga, presa de un ataque de nervios, quiso abalanzarse sobre Zano para golpearle. Poco podía ella por la Humanidad, pero al menos lo intentó. Todo era monstruoso para que un terrestre lo consintiera y a ella no le faltaba valor.

Zano le asió las muñecas y trató de calmarla, hasta que de repente las rodillas de Olga se doblaron y cayó al suelo sin conocimiento.

—¡Olga! —exclamó Zano ahora, sorprendido porque ella no se moviera normalmente.

Sin embargo, Olga tardaría en hacerlo.

Se volvió Zano y miró en derredor.

Ekkor seguía a la expectativa y la nube verde se acercaba a ellos lenta e inexorable.

La tomó en brazos y corrió.

Zano estaba consternado. Había hecho muchas cosas por ayudar a Olga y se daba cuenta de que no había sido suficiente. Además, siempre deseó que ella le acompañara en su viaje fuera del Sistema.

Pero ahora veía que sería imposible.

Ella le odiaría con todas las fuerzas de su ser, porque había visto lo que sucedía en su planeta.

¿Y si tuviera razón?

La tenía. Lo que el Superior hacía, aun con sus motivos, era un barbarismo frío, calculador.

La vida no se puede dominar de aquella manera.

Corrió hacia su nave, llevando a Olga en brazos y apartándola de la nube verde para que no le ocurriera lo mismo que al Comandante Ekkor. Así, cuando la introdujo dentro del aparato, Zano se colocó frente a los mandos y se asió la cabeza con las dos manos.

¿Qué hacer?

Cuando salió de Toll creyó que sus problemas estaban resueltos y se daba perfecta cuenta de que sólo acababan de empezar.

Lo que más le interesaba en estos instantes, Olga, le odiaba y le odiaría para siempre.

Cerró las escotillas.

Las nubes fatídicas lo invadían todo.
Aquel era el fin de un planeta que pudo ser distinto.

Capítulo VIII

El Superior se apoyó en una de las máquinas y tuvo que sentarse. En la pantalla veía cosas horribles, feroces.

Él las había promovido para la seguridad de otros planetas. Lo había hecho a conciencia, pero, ante las imágenes que le llegaban de la Tierra, no podía evitar el sentirse mareado.

Allí, entre los nuevos salvajes, había hombres listos, personas muy inteligentes que serían de gran utilidad para el Sistema, porque además tenían ideas nuevas.

Pero no podía sacar a unos y condenar a otros.

No, todos o ninguno.

De lo único que estaba contento es que cuando los habitantes del planeta Tierra volvieran a forjar otra civilización como la que habían tenido él ya habría muerto y no llevaría la responsabilidad de tener que retrasarlos de nuevo.

Era su único consuelo.

—¿Está todo? —preguntó.

—Sí, señor… Pero hay señales de una de nuestras naves en la órbita estelar de Kiros.

—Ya imagino de quién se trata.

—Sí, señor.

—Zano-4 ha ido a Kiros… Lo siento por él, porque lo que habrá visto no es de su agrado, ni del de ninguno de nosotros.

Todos negaron con la cabeza.

Y el Superior añadió:

Es necesario. Son ellos los que han de demostrar su cambio de comportamiento. Bastaría con que abandonaran la violencia, que fueran más sensatos y unidos y entonces se les abrirían las puertas de Sistema.

»Más tarde el Universo entero.

Nadie replicó. Todos los seres que habían a su alrededor, en el departamento de Kiros, concentraban la atención en lo que decía el

Superior y en los aparatos.

En los rostros de todos ellos se notaba que habían pasado por un momento amargo.

El que seguía la pista de Zano-4 se giró.

—Viene hacia nosotros, señor.

Parpadeó el Superior.

—¿A Toll?

—Sí, señor.

Esta reacción, por parte del rebelde Zano-4, no entraba en sus predicciones.

—¿Está seguro?

—Completamente, señor.

—Sígalo... Quiero saber concretamente dónde se encuentra.

—Sí, Superior.

El aludido no se movió de donde estaba. Se sentía cansado, muy cansado. Además, Zano-4 le estaba dando mucho que pensar. Sus reacciones eran nuevas, imprevistas.

No pensó en el castigo, porque hacía infinidad de tiempo que este método había desaparecido; sino en si Zano-4 tendría razón, en sus sentimientos.

Éste era su deber: cuidar de todos los habitantes bajo su responsabilidad.

¿Qué provocaría los movimientos de Zano-4?

Enfermedad no porque la ciencia médica de Toll era perfecta.

Era su mente. De ella salían las órdenes y en ella se fraguaban hasta hacerse vivos deseos.

Tenía que pensar en Zano-4, ayudarlo y hacerle regresar porque era lo que más le convenía.

—Se acerca, señor.

Respiró profundamente y se relajó en el asiento. Lo cierto era que se sentía muy cansado.

—Pregúntenle dónde va a detenerse. Quiero hablar con él cuanto antes —dijo.

—Sí, señor.

—Zano-4, habla el departamento de Kiros —murmuró el operador a la máquina.

Hubo unos segundos de silencio.

—Zano-4, habla...

—Lo oigo —contestó entonces una voz algo apagada.

El Superior se izó y fue hacia el aparato cansinamente, con gran esfuerzo.

—Zano-4, soy el Superior.

El silencio fue absoluto.

—Me alegro, Superior... Precisamente era con usted con quien quería hablar.

Las palabras de Zano-4 eran respetuosas, pero se adivinaba que iba a añadir algo imprevisto y que le importaba muy poco lo que contestara el Superior.

—Di, Zano-4...

—Superior, quiero que me escuche bien... Está enterado de que me llevé una astronave y que he ido a Kiros.

—Sí.

Pues, lamento decirle que no estoy de acuerdo con lo que usted ha decidido.

—Sí —repuso el Superior como un autómata.

—Eso no se puede hacer. Si usted quiere no les ayude, pero tampoco los condene.

—Yo...

—Conozco sus razones. Hasta hace poco las creí justas, pero he cambiado de opinión.

—¿Qué piensas?

—Escuche bien, lo que voy a decirle que resultará extraño. Hasta el posible que no lo crea, sin embargo este navío estelar va armado y pienso hacer uso de su potencia, Superior.

En Toll, el Superior abrió mucho los ojos.

¡Imposible!

Zano-4 se había convertido en un enemigo que amenazaba con declararles la guerra si no cambiaba de opinión o...

—Zano-4....

—Cinco minutos. Ése es el tiempo que le doy para que recapacite, Superior.

—Pero...

—Cinco minutos. Al final de ese tiempo dispararé todas las armas que llevo a bordo y créame que sé dónde se hallan los puntos vulnerables de nuestro Sistema.

—Zano-4, espera... Zano...

—Ha cortado la comunicación, Superior —replicó el hombre encargado de la máquina, que estaba muy pálido.

También los demás, incluyendo al Superior.

La amenaza era mortal.

Se ha vuelto loco —dijo uno de ellos, dando rienda suelta a sus pensamientos.

—No, eso no —contestó el Superior.

—Entonces, ¿qué explicación tiene?

—Zano-4 tiene un gran carácter.

—Eso no le exime de culpa, Superior.

—Sí, hasta cierto punto.

—¿Y el tiempo? Podemos avisar a las centrales de seguridad para que le disparen.

—¡Ni pensarlo! —exclamó.

***

Olga Nordlander despegó los párpados y se movió un poco, al tiempo que volvía a la realidad.

Yacía en un lecho duro, adosado a un costado de aquella pared extraña y desconocida para ella. Se incorporó con gran esfuerzo y entonces vio la espalda de Zano-4.

¡Se hallaban en el espacio!

Al darse cuenta, recuperó toda su lucidez y saltó del lecho.

Zano se giró.

—Olga... —murmuró.

—¿Dónde estoy?

—En el espacio. Pero voy a explicarte...

—No quiero explicaciones, sino que me devuelvas a mi planeta ahora mismo.

Las pupilas de Zano se acercaron.

Olga tenía las mejillas encendidas y todos los nervios de su cuerpo tensos.

Lo siento, Olga; es demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que acabo de dar un ultimátum a Toll y pienso seguir adelante.

»Es posible que salga vencedor, pero lo más probable será que nos destruyan.

»Así habrás tenido ocasión de luchar por la Tierra, que es exactamente lo que querías, ¿verdad?

Olga lo miró sin comprender una sola palabra de lo que había oído a pesar de que estaba todo bien claro. Le parecía fantástico que fuera verdad lo que Zano había dicho.

—No entiendo.

—Lo verás muy pronto... Lo siento, Olga; pero estoy convencido de que vamos a morir.

—¿Morir? ¿Por qué tú?

—Hago lo que creo que debo hacer. Dentro de cuatro minutos lo sabremos definitivamente.

A Olga no le importaba morir. Sin embargo, lo que hacía Zano-4

era insospechado.

¿Quién era aquel ser?

¿Por qué se ponía del lado de la Tierra y los defendía contra sus propios congéneres?

Dudó de todo, hasta de sí misma, aunque fue solamente por unos segundos. Luego, algo más tranquila, añadió:

—Si es verdad lo que dices, no debes hacerlo.

Los labios de Zano se desdibujaron en una sonrisa de disgusto y sinsabor propio del momento.

—Es cierto —dijo ella.

—No. Ni tú ni todos los Superiores de Toll juntos me haréis cambiar de opinión.

»Siempre lo pensé y ahora estoy completamente seguro de que éste es el camino a seguir. Los habitantes de tu planeta no cambiarán jamás. En algún tiempo nosotros también debimos ser iguales, lo que no implica que ahora nos creamos distintos.

»Alguien nos ayudó.

—¿Quién?

—Eso ya no lo sé.

—Zano-4, debes pensarlo mejor. Yo no temo a la muerte, pero tú no tienes por qué pagar por las culpas de otros.

—No insistas.

Olga calló.

Pasaban los minutos. La nave giraba en torno a Toll una y otra vez a la máxima velocidad.

En cualquier instante unas proas fatídicas y mortales de necesidad podían salir de Toll y volar hacia ellos para destruirlos definitivamente. Esta posibilidad era la más probable, incluso no se podía esperar que ocurriera otra cosa.

Y los dos eran conscientes de ello, a pesar de que todavía no lo hubieran comentado.

—Zano...

—Di.

—No lo hagas.

Él negó con la cabeza. Estaba firmemente decidido a seguir adelante y lo demostraba.

El aparato emisor hacía ruido.

Le llamaban desde Toll, pero él no contestó. En lugar de ello concentró su atención en las pantallas de ondas donde captaría la llegada de las armas procedentes de Toll.

Esto era lo que le interesaba!

Y mientras tanto no pensaba ponerse en contacto con el

Superior. Sólo lo haría cuando los cinco minutos de plazo hubieran llegado a su fin y sonara la hora de la verdad.

Tras él, Olga Nordlander trataba de calmar sus nervios, apretándose las manos con fuerza.

De pronto, Zano se giró hacia ella y le miró.

Al ver sus ojos Olga comprendió que el tiempo había pasado, que los cinco minutos de plazo habían llegado a su fin.

Cerró los párpados.

***

La noche era oscura como la muerte; la nieve crujía bajo sus pies delatando su posición y haciéndole sentir intranquilo, vulnerable hacia los demás animales que aquella noche no dormían.

Hacía frío.

Jan Ekkor, aunque lo que menos le importaba en aquel instante era su nombre, tenía un frío espantoso y no sabía por qué.

En verdad, no sabía los motivos de todo lo que veía y lo que pasaba a su alrededor. De lo único que estaba completamente convencido era de estar en peligro y por eso su instinto de supervivencia le hacía recelar de todo cuanto hallaba a su lado.

¡Incluso de la nieve no se fiaba!

Había visto otros animales andar por la nieve, enseñar los dientes y gruñir en señal de que tenían hambre, como él.

Andando sin cesar, llegó a un lugar desolado.

Eran montañas muy raras, muy altas y muy delgadas.

Se apoyó en la ladera. Estaba dura, muy dura. Sus manos, ateridas por el frío de la noche, se lastimaron ligeramente aunque no por ello dejara de seguir adelante.

Vio una entrada.

Al principio receló y se pegó al marco, para cerciorarse bien de que estaba solo, de que no era una trampa para cazarle.

No, no había ruidos.

Entró.

¡Inconsciente e ignorante, no se había dado cuenta, ni se daría, de que acababa de entrar en una casa de las afueras de Estocolmo!

¡La había confundido con una montaña por su altura!

La gruta estaba vacía.

Con su mentalidad retardada unos cuantos miles de años lo vio todo de distinta manera. Al principio le asombró; luego, notó calor allí dentro y se olvidó de la nieve.

Sólo necesitaba alimento para hallarse en el paraíso. Cuando amaneciera intentaría capturar algo que comer.

Se durmió arrinconado contra una pared.

Y empezó a soñar.

La nieve estaba cubierta de gráciles renos, que no escapaban cuando él se les acercaba. Permanecían quietos hasta que podía ponerse de pie y caer sobre ellos.

Más tarde, creyó estar despellejando a uno de ellos y preparar un magnífico fuego.

La carne, fresca y grasienta, le bendecía con un perfume exquisito y atrayente.

Luego, apareció otro como él. Estaba tan hambriento o más y le miraba con los ojos muy brillantes, llenos de deseo por la carne del reno que pronto estaría lista para ser engullida.

Le soltó un rugido.

El otro se apartó un par de metros y desde allí continuó mirando el asado y las gotas de grasa que desprendía.

Él se puso nervioso. Y, cosa rara, el otro no le intimidaba en lo más mínimo. Lo veía igual a él y lo único que no quería era que le quitara la comida.

Si quería que cazara.

Volvió a rugir y a enseñar los dientes.

De momento, el otro se asustó, pero al instante se colocaba en la misma posición.

Si Ekkor no le daba un poco de carne acabaría por lanzarse sobre él para arrebatársela de un tirón y matar por ella si era preciso.

Ekkor lo comprendió así y no se movió limitándose a mirarlo continuamente para que no le atacara a traición.

Así pasó más de media hora. Al cabo de la misma el reno ya estaba listo para ser comido y Ekkor lo apartó del fuego.

Quemaba.

Lo sopló con fuerza.

¡Y el otro corrió hacia él!

Ekkor dejó caer el asado y abrió la boca. El otro arremetía de cabeza con la malsana intención de derribarlo al primer golpe y así hacerse dueño de la situación y, cómo no, del asado que no le pertenecía.

Ekkor se apartó rápidamente y el otro pasó a su lado en una marcha imparable.

¡Hasta que su mandíbula chocó contra la rodilla izquierda de Ekkor y creyó haber tropezado con una montaña!

Cayó al suelo de bruces, sin conocimiento.

Ekkor, sin pérdida de tiempo, se abalanzó sobre el asado, lo

atrapó con las dos manos y se alejó de allí.

Se sentía vencedor, más inteligente que el que había pretendido robarle a la fuerza.

Engulló la carne a grandes mordiscos.

Después, con el estómago lleno, se arrimó al fuego y se estiró con las manos a forma de almohada.

Ahora se sentía satisfecho, tranquilo.

Se había convertido en un verdadero salvaje, un animal más de una selva donde los seres humanos tendrían que aprender a matar sin cargos de conciencia, para poder sobrevivir.

Sólo los más fuertes y astutos pasarían aquella prueba de sangre en la que habrían de batirse con todas sus garras.

CAPÍTULO IX

Ha pasado el tiempo, señor.

El Superior no se movió.

Sí, había pasado el tiempo y todavía no había hallado solución para aquel problema que tarde o temprano habría de presentársele.

No tenía mucho que pensar.

Sólo debía decidir si aceptaba el reto de Zano-4 o admitía lo que deseaba.

—Señor...

—Diga.

El operador se mordía un labio, mientras esperaba la respuesta que habría de dar a Zano-4.

Tenía miedo.

Zano-4 podía interpretar aquel silencio como una negativa y disparar las armas que llevaba a bordo. ¿Por qué demonios el Superior no decía algo y actuaban de una vez?

El Superior se puso en pie y le miró.

—¿Le digo algo, señor?

—Hablaré yo.

Sin perder un solo segundo, el operador conectó el emisor y llamó a la nave de Zano-4.

—Zano-4.

—Oigo —fue la respuesta.

—Un momento... El Superior quiere hablarle.

El aludido se acercó a la máquina. Tenía los ojos enrojecidos y le temblaban los párpados.

Despegó los labios.

—Zano-4, ¿me oyes?

—Sí, señor.

—Lo he pensado bien y creo que no hay necesidad de combatir como alimañas.

Las palabras sonaron escuetas, pero llenas de sensatez y

esperanza en un mundo cósmico más completo, más y mejor repartido entre todos los seres que lo moraban.

—Me alegra mucho lo que dice, Superior.

—Sí, Zano-4; lo sé.

—¿Va a devolver los habitantes de Kiros a su estado normal, señor? —preguntó el joven rebelde.

—Sí.

—¿Ahora?

—Sí, desde luego... Y quiero que vayas a Kiros en compañía de la mujer que te acompaña, para que habléis con esos seres tan obcecados.

—Sí, señor.

La voz de Zano-4 vibraba.

—Vamos a tener mucho trabajo.

—Sí, señor.

—Partid ya, Zano-4.

Y el mismo Superior cortó la comunicación. En aquel instante la vida en el Sistema entraba en una nueva fase.

Luego, pulsó otros botones.

Y respiró como pocas veces lo había hecho en su existencia.

***

—¡Zano!

El grito de Olga coincidió con la ausencia del Superior. Zano-4 se volvió con toda rapidez y lo hizo a tiempo de ver cómo Olga corría hacia él con los brazos abiertos.

Se abrazaron efusivamente.

—¡Ha dicho que sí! —añadió ella.

—Debí imaginarlo, Olga —repuso él, sonriente y feliz.

—Deseo enormemente conocer a ese hombre.

—Lo veras, pero ahora debemos regresar a Kiros cuanto antes. De lo contrario saldrás de los efectos drogados y no servirá de nada lo que hemos hecho, Olga.

—Sí, Zano; volvamos a la Tierra.

Él manipuló en los mandos de la nave con rapidez y soltura. No podía sentirse más satisfecho y ardió en deseos de llegar a Kiros para devolverlo a la normalidad.

El huso abandonó la órbita de Marte y hendió el espacio con una fuerza endiablada, guiada por las seguras manos de Zano.

Olga no se apartó de él. Había una pantalla muy grande en la proa de la nave y, por ella, podía ver el espacio, los planetas y las estrellas. Un espectáculo impresionante.

La Tierra empezó a agrandarse antes sus ojos con una rapidez insospechada. Desde luego que los habitantes de Toll tendrían muchas cosas que explicar, a los terrestres.

Los conocimientos que éstos iban a adquirir en un momento les harían progresar siglos enteros, darían un salto majestuoso hacia el futuro.

Al poco tiempo, la nave orbitó en torno a la Tierra.

Olga vio perfilarse los continentes. En el lado donde era de noche todo estaba oscuro, como muerto.

—Olga. —Era Zano que le llamaba —. Mira a tu derecha.

Lo hizo.

Y sus ojos descubrieron unos puntos oscuros, procedentes del espacio, que los sobrepasaban y desaparecían en la atmósfera de la Tierra casi sin que pudiera seguirlos con la mirada.

—¿Qué es Zano?

—Lo que hará volver a su estado normal a todos aquellos perjudicados por las nubes anteriores.

Olga abrió mucho la boca.

Comprendía perfectamente y se preguntó lo que tardaría un proyectil de aquellos en cubrir la distancia que lo separaba de la Tierra. No llegaría a minutos.

¿Qué clase de combustible debían de usar en Toll?

Pero no siguió pensando en ello, porque, en aquel instante entraron en contacto con la fuerza de atracción del planeta.

Sonó un grueso silbido en el fuselaje de la nave.

—No te asustes, Olga, es la fricción del aire... He de reducir la velocidad.

Y frenó, porque la tierra dejó de acercarse tan rápidamente a los ojos de ella.

Pasaron sobre el Norte de América, Groenlandia, parte del Polo Norte. Al llegar a las costas noruegas, la nave picó.

Caerían junto a la base donde Olga había trabajado los últimos años. Zano quería demostrarle que todo iba a volver como antes, pero con un porvenir más prometedor y por ello iban al lugar que ella más conocía.

Olga vio Estocolmo y, más al este, la base.

—Llegamos, Zano.

—Sí.

Y, en aquel preciso momento, Olga recordó al Comandante Ekkor. La última vez que lo vio le dejó un mal recuerdo.

***

Jan Ekkor abrió los ojos y dio un salto.

No sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí, pero notó un silencio espectral.

Poco a poco se movió hacia la salida de la casa.

Llegó a la calle. Había amanecido, pero no vio a una sola persona. Los aparcamientos estaban atestados de bólidos, vehículos que él no supo reconocer.

Para su nueva mentalidad, debían de ser grandes rocas.

Asustado, echó a correr por la acera. De vez en cuando, volvía la cabeza y miraba hacia atrás temiendo que un animal voraz le persiguiera, pues en su mente quedaban las huellas de la pesadilla que había sufrido aquella misma noche.

Las casas terminaron bruscamente y se encontró con la tierra cubierta de una blanca capa de nieve.

No tenía frío; jadeaba agotado.

También tenía hambre.

Fue en este instante cuando creyó que la nieve se ponía en pie y formaba una masa suspendida.

Abrió la boca y dio un paso atrás.

La nube blanca avanzaba hacia él como una niebla lechosa, pegadiza, asfixiante.

Corrió de vuelta.

Pero, por muy deprisa que intentara hacerlo, la niebla siempre corría más que él y le ganaba terreno.

Por fin, entre las casas de nuevo, tropezó y cayó al suelo.

Sus manos se aferraron al asfalto.

La niebla venía, llegaba a él y empezaba a rozarle los pies.

De pronto, se vio envuelto por ella y cerró los párpados en un instintivo gesto de terror. No sintió nada. Era como si estuviera muerto o. alguien lo hubiera enterrado vivo.

Se movió, notando que podía hacerlo libremente. Volvió a correr sin saber hacia dónde.

***

La escotilla se deslizó hacia arriba y una bocanada de aire fresco, helado, penetró en la nave.

Olga respiró hondo, saboreando el oxígeno de su planeta. Después, se volvió hacia Zano y le asió una mano.

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

Salieron por la escotilla y al llegar sobre la nieve del suelo ambos miraron en derredor.

Lejos, se veía la niebla alejándose rápidamente.

—¿Qué es, Zano?

—El antídoto. Ya ha pasado por aquí.

—¿Entrará en los refugios nucleares?

—Sí, igual que lo hizo la primera droga.

Ven, quiero ser la primera en comunicar a todos lo que ha pasado.

Zano-4 sonrió y juntos caminaron hacia la base, aunque antes de llegar a ella vieron una sombra que se les acercaba y se detuvieron para ver de quién se trataba.

—¡Ekkor! —exclamó Olga, sorprendida y contenta.

Al reconocerles el aludido apresuró la marcha y saludó con la mano derecha.

—¡Profesora Nordlander!

Olga se detuvo sorprendida, porque Ekkor la llamara por su nombre y pudiera reconocerla. Desde que lo vio convertido en un salvaje no había podido borrar de su mente tan desagradable espectáculo.

Ahora, la alegría le hizo arrinconarlo en su mente.

—Ekkor, ¿cómo está? —preguntó cuando él se hubo acercado lo suficiente.

—Bien... ¿Y usted?

—Bien, Ekkor.

El policía se detuvo frente a Zano y lo miró con detenimiento.

—¿Me conoce? —preguntó éste.

—Sí, creo que sí... Usted es Zano-4.

Olga asintió con la cabeza y dijo:

—El mismo, Ekkor.

—Pues es usted un hombre normal, exactamente igual que yo, aunque viste de otra manera.

—Claro —contestó el propio Zano-4—. ¿Por qué habíamos de ser distintos?

—Sí, es cierto. Sólo que, con tantas fantasías, habíamos llegado a creer que los habitantes de otros planetas eran monstruos.

Pues todos los habitantes del Sistema tenemos la misma constitución física —replicó Zano, al tiempo que sonreía.

Ekkor silbó.

¡Iba de sorpresa en sorpresa!

Olga se le acercó.

—Escuche, Ekkor; tengo que decirle muchas cosas.

—Desde luego, profesora. Me da la impresión de que he estado dormido mucho tiempo, como si tuviera un vacío en la mente y a

veces recuerdo una noche muy larga…

Olga empezó a relatarle lo que había sucedido y cómo Zano-4 había logrado ayudar a la Humanidad, así como los nuevos caminos que para ésta se abrían con la decisión del Superior.

El policía escuchó con toda la atención posible, tan sorprendido que a menudo repetía preguntas idénticas. Pero Olga se armó de justificada paciencia porque lo peor sería cuando tuviera que explicarlo a otros muchos más incrédulos que Ekkor.

De esta forma, llegaron al perímetro de la base.

La entrada estaba expedita y abandonada.

—Profesora —dijo Ekkor mirándola fijamente—, la Humanidad le debe mucho.

—A mí no, Ekkor; sino a Zano que ha sido el que se ha arriesgado por todos nosotros.

—A los dos entonces.

»Éste es un gran momento para la Tierra. Tal vez el más importante de su Historia.

»Y a usted, Zano, quiero darle las gracias. En la Tierra hay cosas buenas también. Lo único que necesitamos es una gran confianza en nosotros mismos y ahora estoy plenamente convencido de que viejos resentimientos van a olvidarse por completo.

—Así ha de ser, Ekkor.

—Lo será. Ha de serlo forzosamente. ¿Qué pueden importar ahora rencillas sin sentido, cuando una nueva vida nos abre las puertas sin pedirnos nada a cambio?

—Desde luego —asintió Zano.

Era una verdad ineludible. Nadie, sin distinción de color o pensamiento, podía ser tan estúpido para no darse cuenta al instante.

Callados, penetraron en el complejo experimental y fueron a detenerse ante una de las escotillas del refugio atómico.

Ekkor la apartó.

Una cabeza asomó por ella y al ver a Zano se puso lívida.

—Salga —dijo Ekkor.

—Pero…

—No tenga miedo. El peligro ha pasado por completo.

Eran los científicos y jefes de la base, que fueron apareciendo en la pista rápidamente. Formaron un confuso montón de hombres sorprendidos, atónitos y perplejos.

Quien más llamaba su atención era Zano. Algunos recordaban jirones de una pesadilla inexplicable y, cuando Olga y Ekkor les pusieron al corriente de lo que había sucedido, sus miradas hacia

Zano se convirtieron en admirativas.

Después, todos, sin ninguna excepción, le dieron las más efusivas gracias.

Zano-4 apretó una mano de Olga y dijo:

—Me siento muy satisfecho.

—Te creo, Zano.

Olga levantó la cabeza y abrió mucho los ojos.

—¡Mira! —exclamó.

Al levantar Zano la cabeza vio la nave que se acercaba a la pista de la base para aterrizar. Era idéntica a la suya, pero en su interior debía de viajar alguien muy importante.

—Es el Superior —confirmó Zano.

—¿De verdad?

—Sí, debí suponer que vendría personalmente.

La nave espacial tocó tierra y se detuvo. Luego, se abrió la escotilla y el Superior apareció alto, estático. No era el único en su rango en el Sistema, pero él se había encargado siempre de Kiros.

—¿Quién es? —preguntó Ekkor.

—No sé cómo explicárselo, Ekkor... Es algo así como un anciano lleno de experiencia, ya que en Marte no existen jefes. Tienen todos un grado de cultura muy elevado y el ser Superior no implica autoridad absoluta.

—Entiendo.

Ekkor estaba admirado.

El Superior andaba ya por la pista asfaltada y se acercaba a ellos.

El grupo de científicos y jefes terrestres no se movió. Estaban admirados y sorprendidos, pero escucharon lo que dijo Olga y esto les liberó bastante de sus pesares.

Todo era sincero. No había la menor muestra de violencia ni deseos autoritarios.

Las cabezas de los empleados de la base emergían por las salidas de los demás refugios. Después, fueron formando grupos y se colocaron en torno a Zano-4, Olga, Ekkor y los demás hombres.

El Superior había llegado hasta éstos y al detenerse posó la mirada en Olga.

—Me alegro de conocerla, profesora.

—Yo también, Superior.

El hombre forzó una sonrisa de complacencia. Se le notaba cansado, como si hubiera pasado por momentos muy graves y ahora su sistema nervioso se hallara en descanso.

Después, se acercó a Zano.

No dijo nada.

Sus ojos hablaron en un mensaje sin sonido pero muy expresivo para todos los presentes.

Con aquella mirada, le daba las gracias.

Zano asió una mano de Olga y tiró de ella suavemente, apartándola del grupo. El Superior hablaba ahora con Ekkor como si se conocieran de toda la vida.

—Ya está —dijo Zano.

—Sí, hemos logrado lo que parecía imposible —confirmó ella.

—Jamás me había sentido tan contento, Olga. Ahora el Sistema será una fuerza mucho mayor y más unida. En Toll dejaremos de preocuparnos por la Tierra y aquí se olvidarán muchas cosas.

—¿Y luego?

—No sé… Supongo que el ser humano viajará a otros Sistemas, explorará nuevos caminos en el cosmos y continuará adquiriendo más sabiduría, más solidez.

Olga asintió con la cabeza.

Lo que decía Zano era la pura verdad. El espacio era infinito, poblado de millones de planetas misteriosos donde se podría implantar la nueva luz de la civilización.

Ellos dos habían logrado, contra todo riesgo, unir la base fundamental del conocimiento humano.

Sin embargo, algo preocupó a Olga, quien se volvió hacia Zano con unas arrugas de preocupación en el rostro.

—Espera….

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—¿Adónde te diriges?

—A la nave, Olga. Ella será el trampolín que yo siempre he deseado. Podré convertir en realidad mi segundo sueño.

—¿Cuál?

—Salir del Sistema, saber lo que hay fuera de él y averiguar cuál es nuestro cometido en la vida. Porque ha de existir una razón.

Olga no dijo nada.

—¿Te parece una locura?

Negó con la cabeza.

—¿De verdad?

Olga sonrió y se le acercó más. Entonces, con los párpados entornados, añadió:

—¿Te importaría mucho llevar un copiloto, Zano?

Él titubeó.

Lo había deseado con todas las fuerzas de su alma, aunque no hubiera dicho nada.

—Desde luego, Olga.

—Pues entonces juntos emprenderemos esa maravillosa aventura.

Se abrazaron.

Unas lágrimas rodaban por las mejillas de la joven científica mientras Zano la atraía hacia sí con fuerza.

En este instante se sintió mujer.

Luego, los labios de Zano se posaron en los suyos y la caricia le pareció hermosa, ¡tan hermosa como la misma vida!

Ninguno de los dos pensó que podían estar viéndolos, ni siquiera recordaron los hombres que habían quedado en la pista. El Superior, Ekkor y todo lo demás había quedado en el pasado.

Ahora, juntos emprenderían un nuevo futuro.

Ekkor carraspeó al ver a la pareja fundida en un abrazo.

No podían haber encontrado mejor ejemplo de amor entre los seres humanos.

El Superior también lo vio y, de pronto, tuvo la sensación de librarse de un peso. Fue como si su alma flotara dentro de su pecho llena de gozo y alegría.

¡No se podía pedir mayor felicidad!

Ekkor se dio cuenta y, sonriente, dijo:

—Nos dan un gran ejemplo.

—Sí, es algo que jamás, en ningún momento, debe olvidarse.

—Le aseguro que habrá muchos cambios en la Tierra.

—Lo sé… Lo sé perfectamente.

Se estrecharon las manos.

Alguien, en el grupo de hombres que los miraban, gritó lleno de alegría y otros le corearon.

Mientras, la astronave llena de esperanza y amor emprendía viaje hacia el espacio desconocido.

Eran los pioneros de la Humanidad.

Cuando Ekkor y el Superior levantaron las cabezas, la nave se perdía en la atmósfera.

Ambos a la vez musitaron:

—¡Buen viaje!

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

EN BUSCA DE LA LUZ

por CLARK CARRADOS

Amenazados del peor de los peligros, los terrestres podían quedar sumidos en una noche eterna, debido a las exigencias de una raza cruel.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.

HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.

SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense...
Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

